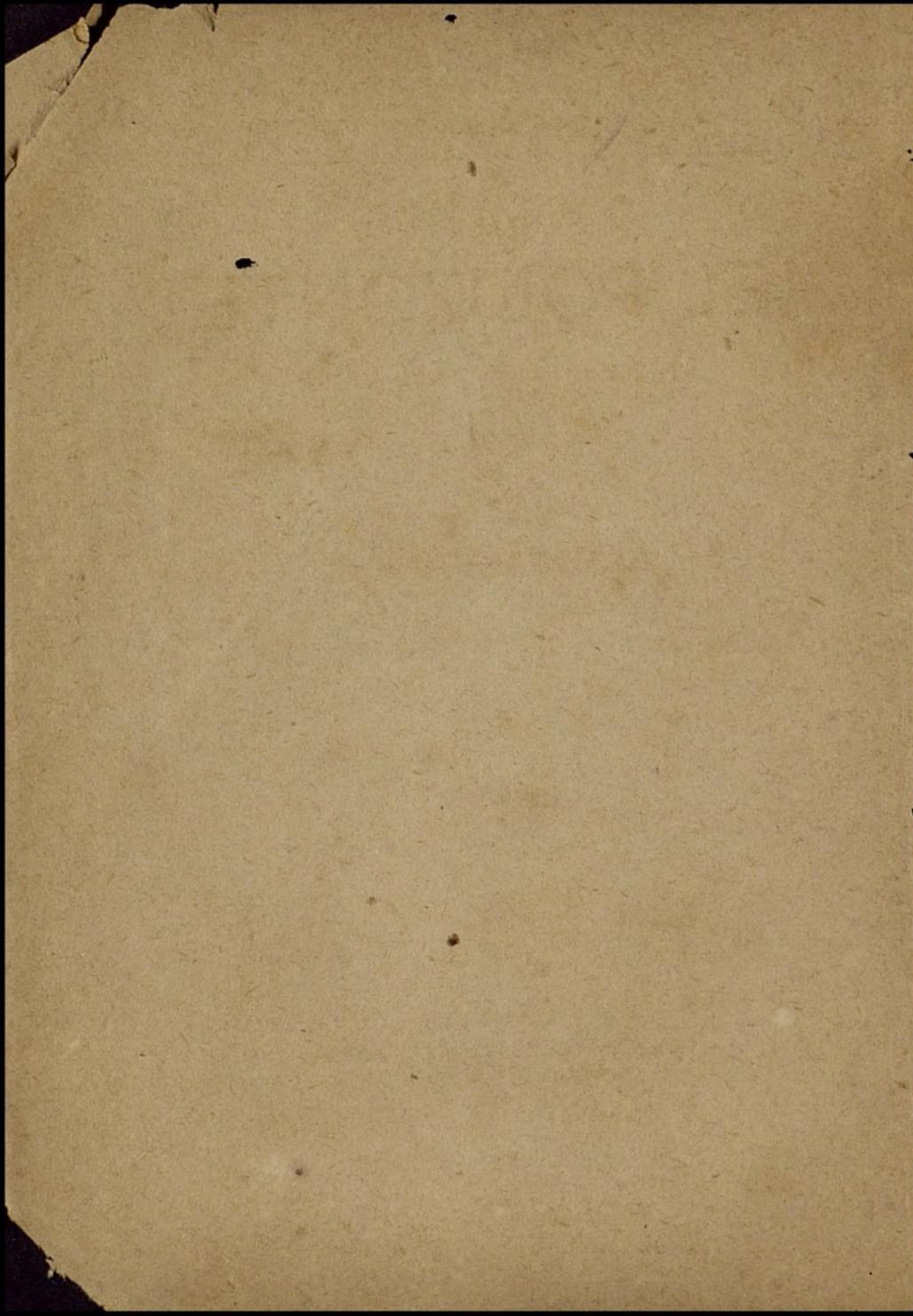


EL POLIZONTE.



FRANCISCO DE P. JORDAN, EDITOR.

EL POLIZONTE

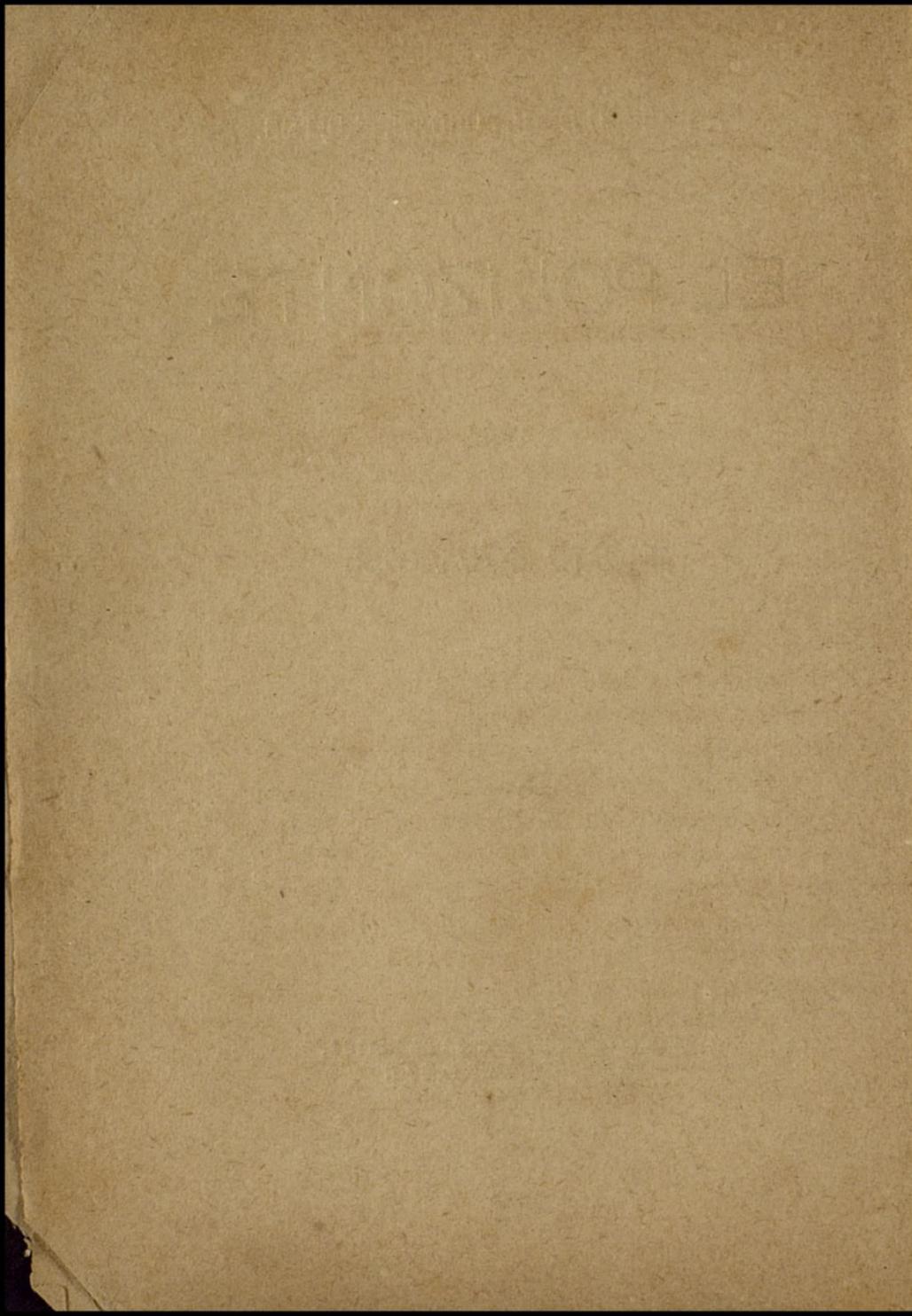
POR

ALEJO BOUVIER.



CADIZ

TALLERES TIPOGRÁFICOS DEL EDITOR,
Enrique de las Marinas, 5 y 7.
1884



PRIMERA PARTE.

I

LO QUE OCURRIA CIERTA NOCHE DEL MES
DE DICIEMBRE DE 1861.

Nevaba copiosamente y el viento silbaba en los árboles del muelle, levantando en torbellinos los helados copos.

El Ródano circulaba de un modo siniestro, agitando sus impetuosas olas en medio de la noche. Las calles estaban desiertas, y tan solo se veían algunos agentes de orden público, que abrigados bajo las puertas golpeaban el suelo renegando contra el tiempo que les helaba. Lion dormía arrullado por el sople del viento.

A pesar del mal tiempo y de la oscuridad de la noche, una mujer, casi una niña, apenas vestida, se deslizaba á lo largo de las casas del paseo de

Brosses, tiritando bajo sus ropas cubiertas de nieve.

Detúvose ante una tienda cerrada, á través de cuyas ventanas filtraban algunos rayos de luz. Apoyóse un instante contra la puerta, y haciendo despues un supremo esfuerzo, llamó suavemente... Acto continuo se apagó la luz.

La mujer comprendió que habia llenado de terror á las personas que se hallaban en la habitacion; pero sin inmutarse se inclinó hácia la cerradura de la puerta, y dijo:

—Soy yo, Clemente.

En seguida se oyó hablar en voz baja en el interior, despues se abrió el postigo y un jóven salió de la habitacion. Al ver á la mujer que, temblorosa y sin hablar le contemplaba en actitud suplicante, le dijo:

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—Vengo á buscarte porque juegas y vas á perderlo todo como el mes pasado.

—¿Y qué te importa á tí eso? Ya sabes que no me gustan tus sermones.

—Vuelve conmigo á casa.

—Véte sola,—repuso el jóven en tono grosero. —¡Esto solo nos faltaba! ¿Tratas de venir á buscarme todas las noches al café?

—No te molestaré en lo sucesivo; pero acompáñame.

—Basta ya de súplicas.

—¡Oh! ¡Clemente!...

—¿Quiéres dejarme en paz?

Al notar la cólera de su marido, la pobre mujer se alejó sin replicar, y Clemente, maldiciendo y de muy mal humor, entró de nuevo en la taberna, cuya puerta se cerró en seguida.

Volvió á sentarse en su sitio junto á una mesa, en torno á la cual se hallaban tres hombres y una mujer; esta última, jóven todavía, repleta y agraciada, era la dueña del establecimiento.

Uno de los jugadores, arrogante mozo, de veinte años y de aspecto distinguido, dijo á Clemente al verle entrar de nuevo:

—¿Quereis jugar la última partida?

—Es muy tarde, señores,—exclamó la dueña de la casa,—mas bien por decir algo que con objeto de despedir á sus clientes.

El jóven sacó su reloj y miró la hora; con gran trabajo pudo distinguir las agujas, puesto que la embriaguez empezaba ya á nublar su vista... Al fin dijo:

—Aun no son las tres, y como el tren sale á las cuatro, no es justo que espere en la estacion con los piés sepultados en la nieve.

—Seguramente que no... pero absteneos de hacer ruido.

—Veamos, Clemente, ¿quereis ó no la rancha?

Clemente no contestó; acercóse á una luz que estaba sobre el mostrador, registró sus bolsillos y reunió unos cincuenta francos, diciendo para sí:

—Si pierdo esto...

No terminó la frase, y repuso en alta voz:

—Tengo cincuenta francos disponibles.

—¡Si quereis!...—exclamó el jóven con indiferencia.

Entretanto, la dueña de la casa decia:

—Esta será la última partida; y en cuanto concluya, se disolverá la reunion.

—Sí, sí, Felicidad... Dadnos una botella de Champagne. Yo pago, porque estoy en fondos.

—La suerte os favorece hoy de un modo extraordinario,—dijo Clemente presentándole las cartas.

Felicidad habia ido á buscar la botella.

Los otros dos personajes se acercaron para presenciar el juego, y el jóven, registrando sus bolsillos, exclamó:

—¡No tengo ningun billete de cincuenta francos!

Entonces sacó de su gaban una cartera, de la cual extrajo un gran manajo de billetes de Banco, en el que buscó el billete de cincuenta francos que necesitaba.

Clemente, pálido y con los labios oprimidos, contemplaba el manojo.

Empeñóse la partida y acto continuo llamaron nuevamente á la puerta.

Los jugadores guardaron el mas profundo silencio, y Clemente oyó la voz de su Jenny, que decia:

—Soy yo, Clemente: ven; no me atrevo á entrar sola en casa.

—¡Otra vez!—exclamó Clemente lleno de furor; y dejando las cartas corrió á la puerta, la abrió, y con la mano levantada dijo:

—¿Quiéres hacerme el favor de dejarme en paz? mira que sinó...

—Clemente, por piedad, acuérdate de que hemos de vivir todo el mes, piensa en tu hijo..... reflexiona...

Entonces se oyó el ruido de un bofeton seguido de sollozos.

Clemente, con la frente contraída, volvió á ocupar su puesto, despues de haberse convencido de que Jenny se alejaba, exclamando:

—Esa mujer me trae la desgracia.

—¡Oh! ¡las mujeres!...—dijo uno de los parroquianos,—¡qué plaga!

Clemente habia cogido las cartas mientras su adversario se disponia á seguir la partida.

Al cabo de algunos instantes, Clemente se puso lívido, pues su contrincante le había derrotado y se metía el dinero en el bolsillo, diciendo:

—Adios, Felicidad. ¿Quereis acompañarme, Clemente?

Este levantó la cabeza, y con voz alterada contestó:

—Sí, Gaston...

Algunos minutos despues los cuatro amigos se hallaban en la calle tiritando en medio de la nieve. Los que no habían jugado dijeron:

—Félicz viaje; nosotros nos vamos por un camino distinto del vuestro.

—Acompañadme á Perrache,—dijo el jóven, apoyándose contra las paredes para no vacilar.

—No temais que os abandone,—contestó Clemente.

Los dos individuos se alejaron, y Gaston tuvo que asirse del brazo de su compañero, diciendo:

—¡Qué sueño tengo! ¡Cuando me halle en el tren!... Estoy completamente bebido...

—Cuidado con resbalar.

Los dos hombres recorrieron el paseo de Broses, y al llegar ante la calle de Bearn, que en medio de la noche parecia abrirse como un abismo, Clemente miró en torno suyo.

La calle de Bearn es estrecha, y se baja á ella

por medio de una escalera que tiene quince escalones. A aquella hora y con aquel tiempo, dicha escalera era invisible bajo la capa de nieve que la cubria. El camino era, por lo tanto, peligroso. Clemente, que guiaba á su camarada, le condujo hácia los escalones. Una vez allí, le dió un fuerte empujón y le hizo resbalar hasta el pavimento. Aturdido Gaston por el golpe cayó en tierra, donde permaneció como inerte.

Clemente volvió á lanzar una mirada á su alrededor; convencido de que estaba solo, bajó rápidamente los escalones y se precipitó sobre su compañero; éste, creyendo sin duda que iban á prestarle socorro, en la seguridad de que su caída habia sido un accidente casual, se incorporó apenas diciendo con voz avinada:

—Me he dado un golpe en la cabeza; ayudadme, pues no quiero que se me escape el tren...

—Vas á hacer otro viaje,—dijo entonces Clemente cogiendo por el cuello al infeliz que se le entregaba lleno de confianza.

Gaston comprendió al instante lo que pasaba y trató de defenderse; pero al levantarse sobre el codo sufrió un terrible golpe en el estómago, y volvió á caer sin sentido.

Clemente le habia hundido su navaja en el pecho.

Hacia un frío extraordinario, según hemos dicho, y no obstante, inclinado sobre su víctima, tenía el rostro lleno de sudor.

Permaneció en tal actitud durante un minuto, y después se lavó las manos en la nieve. Acto continuo, inclinándose de nuevo sobre el cadáver, abrió el gaban, registró los bolsillos y se apoderó de la cartera. El asesino volvió á mirar en torno suyo, y no viendo á nadie iba á emprender la fuga, cuando, tomando de pronto una resolución, pensó:

—Hemos salido juntos de casa de Felicidad, cuando encuentren aquí su cuerpo me perseguirán, y por el contrario, haciéndole desaparecer nadie se ocupará de este asunto, puesto que Gaston era forastero y nadie le conocía en Lyon.

Clemente apretó la herida de su víctima con un pañuelo y le abotonó el gaban. De repente creyó oír un ruido extraño y trató de huir; pero dominándose, no se movió de su sitio, y con una facilidad que denunciaba una fuerza prodigiosa, cogió el cuerpo de su compañero por los brazos, lo levantó y se alejó precipitadamente con él, diciendo en alta voz:

—Vamos, Gaston, sosteneos. El aire de la noche os ha puesto en ese estado.

Y se dirigió á los muelles conduciendo el cadá-

ver; así los transeuntes, si hubiese habido algunos á aquella hora, habrían podido creer muy bien que un amigo complaciente acompañaba á su casa á un compañero en pleno estado de embriaguez.

Cuando Clemente se precipitó sobre Gaston, Jenny, que hasta entonces habia permanecido oculta en el marco de una puerta, al suponer que los dos hombres habian resbalado, corrió hácia ellos; pero se escondió en seguida cuando notó que su marido robaba á su amigo.

Temblando y sin voz contemplaba aquella escena, negándose á dar crédito á lo que pasaba ante sus ojos.

Parecia que los elementos desencadenados prestaban su sombra al crimen.

Jenny desaparecia á lo largo del muro, mirando asustada el acto criminal que acababa de ejecutarse. Veia y se resistia á creer, tratando de convencerse de que todo aquello no habia sido mas que un accidente casual. ¡Su marido un ladrón! ¡Un asesino! Cuando vió que Clemente levantaba el cuerpo, cuando oyó que dirigia la palabra á su víctima, respiró, suponiendo que se habia equivocado.

Su marido, ébrio, acompañaba á su amigo, mas ébrio que él, y entrambos habian resbalado.

Clemente, mas avisado y precavido, se habia

apoderado de la cartera de su colega á fin de que éste no la perdiese. Al llegar al sitio á donde le conducía, era natural que le devolviese los valores. Mas tranquila, despues de haber arreglado á su gusto la escena que habia presenciado, Jenny se serenó por completo, y ocultándose en la sombra, siguió á su marido.

Clemente, sosteniendo siempre el cuerpo de su víctima, atravesó los muelles. Al llegar á cierto sitio el asesino se detuvo, apoyó á su víctima contra el parapeto, y despues, creyendo que nadie le observaba, soltó el cuerpo de Gaston, que se deslizó por la escarpada pendiente de las rocas.

El cadáver bajó rápidamente y cayó sin producir el menor ruido sobre la nieve. Clemente bajó á su vez por la escalera y permaneció algunos segundos al lado de su víctima.

Al otro lado del muelle, Jenny, oculta detrás de un kiosko, habia visto algo de lo que acababa de ocurrir.

La idea del crimen se habia alejado de la imaginacion de la jóven, que no veia mas que una cosa: dos borrachos cuyos actos debian vigilarse. Quiso atravesar el muelle... y desistió de su propósito al observar que la seguian.

Tuvo miedo y volvió la cabeza.

Era un agente de policía. Repuesta del susto, se dirigió hácia el parapeto; pero el agente la detuvo y le dijo:

—¿Qué haceis aquí á estas horas?

—Estoy esperando á mi...

Al pronunciar estas palabras, iba á dar cuenta de lo que habia ocurrido, pero de pronto guardó silencio.

El cuadro que la pobre mujer tenia ante sus ojos era terrible. Bajo el arco del puente, en la sombra, su mirada, acostumbrada á la oscuridad de la noche, veia á su marido arrastrando por los piés el cuerpo de su víctima. Clemente era un asesino que corria hácia el Ródano para ocultar en él el secreto de su crimen.

Jenny no podia denunciar á su marido, al padre de su hijo. Por lo tanto, se hallaba inerte, sin voz y sin fuerzas.

El agente repuso entonces en tono amenazador:

—¿Qué haceis en este sitio y á quién esperais?

Jenny tenia el brazo extendido hácia su esposo. Si trascuria un minuto mas le entregaba á la justicia. Su brazo cayó inerte á lo largo de su cuerpo. La infeliz no sabia qué contestar al agente.

Este le dijo:

—Ya sabeis que á esta hora deberíais estar en vuestra casa. Vamos, retírate, y por hoy quedas dispensada...

Jenny, llena de rubor, echó á andar á toda prisa.

Mientras que el agente, volviéndole la espalda, atravesaba el muelle, Jenny habia dado unos veinte pasos, y despues de permanecer oculta detrás de unas cajas, habia presenciado la terminacion del drama.

Su marido arrastró el cadáver de Gaston hasta el borde del rio, y una vez allí, lo arrojó al Ródano. Al ver caer el cuerpo, Jenny lanzó un grito de horror. A pesar del viento y del rumor del rio, Clemente oyó el ruido y se llenó de espanto no viendo nada; pero en la seguridad de que alguien le habia visto, no pensó mas que en emprender la fuga.

Arrojó al agua su cuchillo ensangrentado, apoyó su mano sobre su pecho para cerciorarse de que la cartera estaba aún en su poder, y dirigió sus miradas hácia el rio con objeto de ver si flotaba algo sobre la blanca espuma del Ródano.

¡Nada! La víctima habia desaparecido.

Clemente corrió en seguida hácia su casa, situada en la calle de Aguesseau; la puerta estaba entornada; antes de entrar trató de averiguar si

alguien le habia seguido. No viendo nada, esperó algunos minutos detrás de la puerta, escuchó atentamente, abrió con cautela y entró en su habitacion.

Satisfecho al pensar que nadie habia seguido sus pasos, exclamó:

—Voy á enseñar á Jenny un billete de Banco, y todo será olvidado. ¡Pobre muchacha!

Entró despues en su dormitorio y vió que aun habia luz en él.

No atreviéndose á acercarse á la cama, se dirigió hácia una cuna colocada delante de la chimenea, y en la que dormia un niño de cuatro ó cinco meses. Inclínose sobre él, le besó suavemente, y en seguida volvió la cabeza hácia el lecho, disponiéndose á pedir perdon á Jenny.

¡La cama estaba vacía!

Al principio quedó confundido por la sorpresa, y despues frunció el ceño, como si una idea terrible hubiese cruzado por su cerebro.

¿Le habia seguido su esposa?

Clemente se encogió de hombros, tratando de alejar de su imaginacion semejante pensamiento.

Creyó que Jenny habria vuelto á la taberna del paseo de Brosses para obligarle á salir, y se dispuso á aprovechar el tiempo para reparar el desórden que se notaba en sus vestidos. Mudóse

la camisa, se lavó las manos, y despues de haber ocultado la cartera robada, se acostó.

La sangre fria de aquel miserable era tal, que habia recobrado toda su calma ordinaria. Harto de luchar, se durmió como el justo despues de una jornada laboriosa, tranquilo, feliz y soñando en el porvenir...

El cadáver de Gaston rodaba en tanto por el Ródano...

El asesino reposaba plácidamente... Su mujer, tiritando en medio de la nieve, debia estar, segun él, esperándole junto á la puerta del chiribitil.

—Eso le servirá de leccion,—murmuró Clemente, el cual, al cabo de algunos segundos, logró conciliar un profundísimo sueño.

II

DONDE EL LECTOR SIGUE ENTERÁNDOSE DE LOS
SUCESOS OCURRIDOS EN AQUELLA NOCHE DEL MES
DE DICIEMBRE.

Antes de ir mas lejos, volvamos hácia la jóven, á quien hemos dejado casi loca de espanto, de terror y de vergüenza en el muelle.

Jenny, la rubia Nini, era una criatura encantadora arrojada por el amor y la fatalidad en los brazos del miserable á quien hemos dejado dormido esperándola.

Jenny había nacido para inspirar amor.

Al comenzar nuestra historia no habia cumplido 18 años. Alta, robusta, agraciada en extremo y casi elegante, los ojos la contemplaban con agrado y admiracion.

Jenny era bella, muy bella.

Sin miramientos de ninguna especie, la arrojaron al primero que la pidió en matrimonio. La

causa de semejante precipitacion será conocida al final de esta historia.

Por lo demás, Jenny se habia enamorado de Clemente, hombre de hermosas facciones y de arrogante y esbelta figura.

La pobre mujer se hallaba, como hemos dicho, en medio de la nieve cuando su esposo arrojó al Ródano el cadáver de su compañero. Al verle emprender la fuga, sin saber lo que hacia, corrió hácia el sitio donde Clemente habia precipitado á su víctima en el agua.

Llena de terror, cayó de rodillas, como dispuesta á orar sobre una tumba, con la mirada fija sobre el Ródano.

De repente le pareció notar algo que se agitaba en el rio. Bajó los ojos y vió el cuerpo medio sumergido de la víctima de su esposo.

Las impetuosas olas movian el cadáver sin arrastrarlo; Jenny ignoraba lo que debia hacer, y se detuvo llena de sorpresa.

El cuerpo de Gaston no desaparecia. ¿Era aquello una alucinacion?

La víctima flotaba en la superficie, y á los pocos instantes se ladeó hasta llegar á pocos pasos de la jóven; ésta le hubiera podido tocar extendiendo el brazo.

Jenny tuvo miedo y retrocedió. Temblorosa y

muda, contemplaba aquel cuerpo que parecia atraerla. Uno de los brazos de Gaston se extendia hácia ella como si le pidiera socorro.

Jenny, fuera de sí, llena de terror, sin saber lo que hacia y creyendo que el cadáver se animaba, obedeció al llamamiento; corrió hácia él, y tendió su brazo al muerto, el cual estrechó la mano de la pobre mujer.

Esta retrocedió, y el cadáver, obedeciendo al impulso, cayó á su lado sobre la orilla. La jóven quiso gritar, pero la voz se apagó en su garganta, lanzó un suspiro y perdió el conocimiento.

Sin embargo, lo que habia ocurrido era muy sencillo. El cuerpo de Gaston, precipitado por Clemente, habia caido en la nieve con los pies en el agua, y al poco rato, impulsado por el oleaje, fué arrastrado hasta un sitio cercano donde se hallaba una barca destinada á hacer coladas. La cadena de la embarcacion le sujetaba los piés; parte de su cuerpo estaba sumergido, y uno de sus brazos casi llegaba á la márgen del rio.

Hemos dicho que Jenny se habia desmayado; pero el síncope no duró mas que algunos minutos. Miró á su alrededor, y al ver el cuerpo de la víctima, recordó todo lo que habia ocurrido durante la noche.

Desechando todo temor se inclinó sobre Gaston

y colocó la mano sobre su pecho... El corazón palpitaba todavía. Decidida y llena de valor, Jenny se levantó precipitadamente. Iba á amanecer y corrió hácia el puente de la barca. Llamó, y el encargado de la colada, que se disponia á levantarse, le dijo:

—Aun es muy temprano, muchacha.

—Pronto... por piedad, ¡socorro!—contestó Jenny con voz sorda.

Abrióse una puertecilla, y el encargado de la colada apareció á medio vestir.

—¿Qué ocurre?

Jenny le dijo á media voz:

—Mirad.

Y le mostró el cuerpo de Gaston.

—Espera un poco, hija mia; Ripal va á ayudarte.

Y mientras hablaba, nuestro hombre se dirigió hácia el sitio donde yacía el compañero de Clemente.

—No se mueve,—exclamó Ripal.

—Ayúdame,—dijo Jenny,—á trasladarle á otro punto, y quizá podremos salvarle.

—Sí; es preciso socorrerle inmediatamente. En el fondo de un patio, sobre el muelle, tengo mi cantina. En marcha, pues.

Ripal se bajó y cogió á Gaston por la espalda;

Jenny trató de cogerle los pies, pero le faltaron las fuerzas.

—Tus manos son demasiado pequeñas para llevar ese peso.

Y acto continuo se echó sobre el hombro toda la carga, diciendo á la jóven:

—Sígueme.

Jenny obedeció, tratando de averiguar si los agentes de órden público habian presenciado la escena que acababa de ocurrir.

Seguia nevando y el sol aparecia en el horizonte. No obstante, el muelle estaba desierto. Ripal lo recorrió sin encontrar á nadie, y á los pocos instantes entró, seguido de Jenny, en una casa situada cerca de la calle de Aguesseau.

Despues de atravesar el patio, condujo á la víctima á un sitio que servia de almacen. Colocó el cuerpo de Gaston sobre la paja, encendió una linterna, y dirigiéndose á Jenny, le dijo:

—Puesto que respira, creo que podremos salvarle. Ahora es preciso golpearle las palmas de las manos.

Y uniendo la accion á la palabra, Ripal azotaba con sus manos las del jóven, que al volver en sí, sollozaba creyéndose todavia en poder de su asesino.

—¡Por piedad! no me martiriceis.

Jenny tenia deseos de hallarse sola con el hombre á quien acababa de librar de una muerte segura.

De pronto dijo Ripal:

—Puesto que sigue mejor, voy á salir un instante para no descuidar mi trabajo, y en seguida volveré con algun alimento.

—Sí,—contestó Jenny,—no abandoneis vuestras faenas; gracias por vuestra abnegacion.

—Nada de eso; hasta luego, hija mia.

Y Ripal volvió á su barca murmurando alegremente sobre el suceso en que habia tomado tan activa parte.

Entretanto, Jenny, inclinada sobre el cuerpo de Gaston, espiaba sus menores movimientos. Cuando Ripal hubo partido, le lavó la herida y despues se la vendó con su pañuelo.

Al terminar la primera cura y cuando cerraba el chaleco del herido, sus ojos se encontraron con los de Gaston.

Este habia vuelto en sí y miraba á aquella mujer, tratando de explicarse cómo y por qué se hallaba en aquel sitio. Entonces el herido le preguntó con débil voz:

—¿Quién sois?

Jenny le contemplaba y no respondia. Un solo pensamiento ocupaba su cerebro: ¡Vive!

El jóven repuso:

—¿Dónde estoy?

—Aquí,—contestó Jenny,—en casa de unos amigos que tratan de salvaros.

Gaston miró á la mujer que le hablaba, y vió aquel admirable rostro que hemos descrito, respondiendo con una sonrisa á la mirada llena de dulzura y de compasion de la jóven que le habia salvado.

—¿Cómo me hallo en este sitio? ¿Dónde me habeis encontrado?—preguntó Gaston al cabo de algunos minutos.

Jenny no contestó.

Gaston repuso:

—Estoy helado y mi ropa está mojada, ¿me he caido al agua?

Jenny pensó que el frio podia hacer lo que el cuchillo no habia logrado, y despues de haber buscado por la habitacion, se apoderó de un traje ordinario que halló sobre una banqueta. Volvió junto al herido y le dijo:

—¿Teneis fuerzas para vestiros?

—Estoy muy débil; pero puedo tenerme en pié.

—Tomad,—añadió la jóven,—mudaos de ropa.

Mientras que Jenny se alejaba, Gaston empezó á vestirse precipitadamente.

Cuando hubo terminado, su salvadora volvió á su lado y le preguntó:

—¿Os acordais de lo que ha pasado?

Gaston respondió en seguida:

—No recuerdo nada absolutamente.

—Decídmelo...

Gaston vacilaba.

—Yo os he salvado y os diré cómo; pero, en cambio, os suplico que me digais la verdad. Durante la pasada noche estuvísteis jugando en casa de Felicidad.

—¡Ah! conoceis esa circunstancia... es cierto, jugué, ganando al principio poca cosa. Despues nos quedamos en el establecimiento cuatro ó cinco jugadores y gané á todo el mundo. Allí estaba tambien un jóven á quien habia conocido en una gran casa de Lyon...

—Decidme su nombre.

—Es inútil. No me acuerdo de nada.

Jenny miró fijamente á Gaston, y éste le sostuvo la mirada. Entrambos permanecieron así durante algunos segundos, y Jenny repuso:

—El hombre con quien habeis jugado se llama Clemente. Salísteis con él á las tres y media de la mañana. Vuestro amigo os iba á acompañar á la estacion del ferro-carril...

Gaston se incorporó, y apoyado sobre el codo, dijo lentamente:

—¡Ah! ¡sabeis todo eso!...

Jenny bajó los ojos.

—Pero ¿por qué me interrogais?

—Porque os he salvado sacándoos del Ródano.....

—¿Del Ródano?—preguntó Gaston lleno de sorpresa.

—Sí, del Ródano; no debéis temer nada de mí.

—¡Dios mio!—exclamó bruscamente Gaston;— me sorprendéis, me encantais y me llenais de terror.

—¿Yo?

—¡Sí!.. Sea como quiera, deseais saber lo que pasó despues de nuestra salida de casa de Felicidad.

—Sí.

—Clemente me ofreció el brazo, porque yo estaba completamente ébrio... ¡Oh! ¡si no hubiera sido por eso!.. Pero el caso es que le rogué que me acompañara á la estacion. Cuando llegamos juntos á la calle de Bearn, creí resbalar, y caí desvanecido sobre la nieve. Traté de levantarme, y en aquel momento sentí que me cojian por el pescuezo; hice un supremo esfuerzo, y entonces Clemente me hundió su cuchillo en el pecho... Esto es todo cuanto sé; ahora, puesto que me habeis prometido decirme lo demás, hablad.

Rendido de fatiga, Gaston volvió á acostarse

sobre la paja, y Jenny le preguntó:

—¿Habeis tenido alguna rencilla con Clemente?

—Nunca.

—¿Pero no habíais disputado anoche?

—No. Veo que tratais de averiguar el móvil del crimen. El motivo será causa de que le denuncie, porque yo no puedo perder esa suma... Me ha robado 12.000 francos que llevaba en mi cartera.

—No hareis semejante cosa; no le acusareis,—dijo vivamente Jenny.—Me debeis la vida, y lo único que en cambio de mi servicio os pido, es vuestro silencio y vuestro olvido.

—¿Pero quién sois?

—¡Yo!—exclamó Jenny,—la mujer que os ha salvado... la esposa de vuestro asesino, que os prohíbe que denunciéis á su marido.

—¿Entonces, qué haceis aquí?

—Quiero terminar mi obra; quiero salvar vuestra vida, y vengaros.

—¿No amais á vuestro esposo?

—Le adoraba,—dijo sencillamente Jenny.

—Sin embargo... puesto que hablais de venganza, ese amor está extinguido y quereis...

—No trateis de hacer averiguaciones,—dijo Jenny;—yo adoraba á mi marido, porque creía que era bueno y honrado. Al fin le he conocido, y le odio..

—En ese caso,—repuso Gaston,—no queriendo participar de la vergüenza que va unida á su nombre, le denunciareis vos misma para separaros legalmente de él.

Jenny sonrió tristemente, y dijo:

—No, la ley es mas cruel y mas injusta que la razon: soy madre, y mi union indisoluble me obliga, así como á mi hijo, á llevar eternamente el nombre de un ladron y un asesino.

—Entonces, ¿qué quereis hacer?

—En primer lugar, deseo reparar el daño causado por Clemente, y á este fin pido un consejo á su víctima.

Despues de algunos minutos de silencio, Gaston preguntó:

—¿Cómo habiendo caido en la calle de Bearn, estoy aquí, despues de haberme sacado del Ródano?

Jenny refirió entonces la noche de sufrimientos que habia pasado siguiendo á su marido, y despues añadió:

—¿Qué debo hacer ahora?

Gaston, que mientras la jóven hablaba, habia imaginado un plan, contestó:

—Sois una mujer excelente. Por el nombre de vuestro hijo tratais de evitar un escándalo judicial, reservándoos la satisfaccion de castigar vos

misma á vuestro esposo. Estoy dispuesto á obedeceros; pero para eso es menester que me aleje sin pérdida de tiempo.

—¿Qué quereis decir?

—Que no debo permanecer aquí mas tiempo... Es preciso que el hombre que me ha conducido no me encuentre en este sitio.

—¿Qué vais á hacer?

—Quiero partir inmediatamente. Mi maleta está en la estacion y pienso dirigirme á dicho punto para tomar el tren de la mañana.

—Pero no podreis poneros en camino.

—Se puede todo lo que se quiere... y yo deseo estar á la altura de lo que habeis hecho... Me dareis el brazo hasta Bellecour; allí tomaré un carruaje y vos regresareis á vuestra casa al lado de vuestro hijo.

—¿Y mi marido?

—¿Vuestro marido! Habrá huido con el producto de su robo, creyendo que su crimen ha quedado sepultado en el Ródano.

—Pero por grandes que sean vuestra voluntad y vuestro valor, no podreis andar...

Gaston lanzó una sonrisa y dijo:

—Ayudadme.

Jenny le tendió la mano y Gaston se levantó con alguna dificultad, viéndose obligado á apo-

yarse en la pared. Estaba lívido.

—Dadme el brazo,—repitió,—y acompañado de Jenny se puso en marcha, mordiéndose los labios para no quejarse. La pareja invirtió un cuarto de hora en llegar á la plaza de Bellecour. Al entrar en el coche dijo á Jenny:

—Escribidme dentro de dos días; hé aquí mi direccion: Gaston Rosay, San Estéban.

—Os lo prometo.

—¿Qué pensais hacer ahora?

—Voy á buscar á mi hijo...

—Aun tengo que deciros una cosa.

—Hablad.

—Apenas tengo en mi poder el dinero suficiente para el viaje, pues tan solo llevo algunos francos en mi portamonedas; pero esta noche estaré en mi casa y tendré cuanto quiera.

Jenny miraba á Gaston sin comprender el significado de sus palabras.

El jóven prosiguió:

—Estais sola, abandonada, teneis un hijo... y os debo la vida. ¿Quereis permitirme que esta noche os envíe en una carta?..

—Esta noche habré encontrado el trabajo necesario para atender á mis necesidades,—contestó Jenny con orgullo.

—Dispensadme, hija mia, y tened en cuenta

que no he rehusado vuestros cuidados, y que además no estoy dispuesto á guardar silencio si no aceptais lo que os ofrezco.

Jenny dirigió una mirada á Gaston, y á los pocos segundos le dijo:

—¡Cuán bueno sois!

Gaston sonrió, diciendo:

—Os dirigiré una carta á la lista del correo con este sobre: *A la señorita Nini.*

Jenny permanecía muda ante el carruaje contemplando á Gaston, y éste, confuso ante las miradas de la jóven, repuso:

—¿Qué quereis decir?

Jenny contestó sin vacilar:

—Clemente quiso asesinaros anoche, os robó vuestro dinero... habeis sufrido horribilmente, sufrís todavía, y desde que habeis vuelto á la vida, no habeis pensado mas que en una cosa: en hacer bien. ¡Ah! Pensad de mí lo que querais... Gaston... ¡yo os amo!..

Y sin decir una palabra mas, se dirigió precipitadamente hácia la calle de Aguesseau, con objeto de apoderarse de su hijo. Llena de fatiga, llegó á la puerta de su casa; subió á toda prisa la escalera y entró en su dormitorio. Dirigió sus ojos al lecho y retrocedió asustada. Clemente dormía profundamente, y la infeliz mujer no po-

dia dar crédito á lo que veía. Contempló despues á su hijo, y, dándole un beso en la mejilla, exclamó:

—¡Pobre niño! ¡qué porvenir!

El niño se echó á llorar, y Jenny se apresuró á darle el pecho para hacerle callar.

Clemente despertó, y viendo á su mujer junto al niño, le dijo:

—Ya estás aquí, Jenny, y supongo que á estas horas habrás comprendido que de nada sirve esperar á la puerta del café. Que te sirva eso de leccion. Acuéstate, si quieres, y procura que el niño no lllore... me estoy muriendo de sueño.

Y dando una vuelta, volvió á dormirse con la mayor tranquilidad del mundo. Jenny contemplaba á su marido, no acertando á comprender la causa de tamaña indiferencia.

Estaba decidida á huir con su hijo, en la seguridad de que para borrar las pruebas de su delito, Clemente era capaz de todo.

Y en efecto, su vida y la de su hijo se hubieran visto en peligro si Clemente hubiese llegado á sospechar algo de lo que habia ocurrido durante la noche.

III.

RIPAL.

Lívida, fatigada y negándose á creer lo que habia visto y oido, Jenny acostó en la cuna á su hijo dormido. Evitando hacer ruido para no despertar á Clemente, registró los muebles y envolvió á toda prisa en un pañuelo las pocas ropas que le quedaban. Despues cogió un pliego de papel y escribió la siguiente carta:

«Amigo mio:

Impulsada por las exigencias de una situacion que no puedo soportar, me decido á romper contigo. A no haber sido por mi hijo, me hubiera dado la muerte. Me ausento con él.

La desgraciada pasion que te arrastra nos ha sumido en la miseria. Carezco de pan y de abri-

go, y si no tomaba una determinacion muy pronto, mi hijo no tendria hogar. Mis ruegos, mis caricias y mis juramentos han sido inútiles.

Te perdono y deseo que me olvides.

Tus últimas palabras han dado muerte al amor que por tí sentia. Adios.

Jenny.»

Despues de haber colocado la carta sobre la mesa, Jenny cogió á su hijo, colocóse bajo el brazo el lio que habia hecho, y procurando no turbar el sosiego de su esposo, salió del cuarto y bajó rápidamente la escalera.

Al llegar á la calle se vió obligada á escoger una direccion. Jenny era demasiado honrada para seguir viviendo con aquel miserable, y era demasiado buena para pretender que su hijo llamara padre al asesino del puente de la Guillotiere.

La situacion era terrible, no tenia un céntimo en el bolsillo y no contaba ya con ningun amigo en Lyon. Y decimos esto, porque Jenny sabia perfectamente que á cualquier sitio á donde fuese le preguntarian:

—¿Por qué habeis abandonado á vuestro esposo?..

Y Jenny no podia, no queria decir lo que habia visto.

Por otra parte, no debía permanecer mucho tiempo en la calle, pues no solo temia que Clemente se despertara, sino tambien que la importunara con su presencia algun vecino curioso. Púsose, pues, en marcha, y se dirigió hácia uno de los muelles. De pronto oyó que la llamaban y le decian:

—¡Eh! ¿A dónde vas?

Jenny levantó los ojos y reconoció al jóven que la habia ayudado á salvar á Gaston.

Ripal llevaba en las manos varias provisiones y se dirigia en aquel momento á su despensa. Antes de ir mas lejos, debemos presentar á nuestros lectores á este hijo del Ródano, á quien veremos con frecuencia en el curso de nuestro relato.

Ripal tenia una edad indefinible, era un jóven y sin embargo parecia un anciano.

Los que de larga fecha le conocian, exclamaban:

—Siempre le he conocido así.

Ripal era casado; pero su mujer le habia abandonado por una causa que nuestros lectores sabrán mas tarde. Ya que conocemos al salvador de Gaston, prosigamos. Ripal, presentando á Jenny un pan y algunas viandas, le dijo:

—Hé aquí la medicina que llevaba á nuestro hombre.

—Ha partido ya,—contestó la jóven.

—¿Qué decís? Pero si no podia tenerse en pié.
¿Y os ha abandonado?..

—Sí.

—¿Y ese niño?

Jenny bajó los ojos, y para no verse obligada á dar explicaciones á Ripal, dejó que éste pensara lo que quisiera.

—Era preciso que se alejara.

Ripal miraba al niño con sorpresa, y creyendo que tan solo habia presenciado la primera parte de un drama, añadió tímidamente:

—Amiga mia, me produces el efecto de una mujer abandonada que no sabe á donde ir.

—Es cierto,—dijo Jenny;—me habeis ayudado esta mañana, y toda vez que el cielo quiere que os encuentre de nuevo, me dirijo otra vez á vos. Ni mi hijo ni yo tenemos donde albergarnos.

—¡Oh!—exclamó en seguida Ripal,—hace demasiado frio para que estemos hablando en la calle. Ven conmigo, hija mia, acompáñame á mi casa y no te detengas, porque el chiquitin se va á helar. Dáme el lio. Yo no voy á mi habitacion mas que los domingos, pues duermo en la barca; por lo tanto, allí estareis perfectamente.

—¿Es muy lejos?—preguntó Jenny.

—No, pero anda aprisa, porque hace mucho

frio. Dame tambien el niño.

—No; puedo correr, si quereis.

Y Jenny lo demostró apretando el paso, porque le convenia en extremo alejarse de la calle de Aguesseau. Ripal y la jóven tardaron media hora en llegar al final de la calle de Juiverie, en cuyo punto se hallaba la casa donde Ripal habia vivido en otro tiempo con su mujer. Despues de haber dicho á la vecina que la recién llegada era una prima suya, procedente de Macon, instaló á Jenny en su cuarto, encendió fuego, sirvió el desayuno, y dijo:

—¿Qué ha sido del jóven á quien hemos sacado del Ródano?

—Ha partido.

—Dejando sin recursos á su hijo.

—Este niño no es suyo... yo soy casada.

—¡Ah! ¿Ese individuo no es vuestro esposo?

—No.

—Comprendo, comprendo, es tu amante.

—Yo no amo á nadie,—dijo Jenny,—y os equivocais por completo. A pesar de la confianza que vuestra bondad me inspira, no puedo decir nada. Sabed, sin embargo, que soy una mujer honrada, que he abandonado voluntariamente á mi marido y que esta mañana he visto por primera vez al hombre á quien me ayudásteis á salvar. Si me

considerais indigna de lo que haceis por mí, me alejaré de este sitio conservando el recuerdo de vuestra benévola acogida.

—¿Qué tengo yo que ver con que abandoneis ó no á vuestro esposo! Sois una buena mujer... No tengais miedo. La casa de Ripal es la tuya, y aquí todo el mundo te respetará. Comamos, pues, tranquilamente; porque no puedo disponer mas que de un cuarto de hora.

Ripal sirvió á Jenny, y para dar el ejemplo empezó á comer. Al cabo de algunos segundos le preguntó:

—¿Puedes decirme cómo te llamas?

Jenny se turbó; pues no habia pensado en esa pregunta tan sencilla y natural. Pero á los pocos instantes contestó:

—Me llamo Nini.

—Pues bien, Nini, bebamos á la salud de tu hijo.

Ripal se limpió la boca con la manga de su blusa, y levantándose dijo:

—Ha llegado el momento de partir; quédate en mi casa; aquí tienes la llave y haz lo que quieras. Esta noche volveré para ver si necesitas algo.

—Tengo que pedir os un favor; quisiera que me buscárais trabajo...

—No pienses ahora en eso; ante todo, convie-

ne que te tranquilices.

—Gracias, amigo mio, gracias.

—Desde ahora,—repuso nuestro hombre,—tienes en mí un hermano que está dispuesto á dar la vida por tí. Hasta la noche.

Y Ripal salió de la habitacion.

IV

LA CONCIENCIA DE CLEMENTE.

A las doce del día despertóse Clemente exclamando:

—¡No he sido yo! ¡Dejadme! ¡Dejadme!

Al turbado sueño de la borrachera había sucedido la pesadilla. El remordimiento atormentaba ya al miserable asesino. Con la frente llena de sudor y los ojos extraviados, buscaba en su cuarto al enemigo invisible contra el cual se defendía... ¡Nada! todo había sido un sueño. Clemente suspiró de gozo, y después pasándose las manos por la frente, dijo:

—¡Soy un nécio!

De pronto lanzó una mirada en torno suyo y vió con sorpresa que la almohada y el sitio de Jenny demostraban que ésta no se había acostado.

—¡Mi esposa no ha vuelto!—exclamó,—¿qué significa todo esto?

Clemente se levantó entonces á toda prisa, y corrió hácia la cuna.

Estaba vacía.

El asesino sintió que la sangre se helaba en sus venas.

—Jenny estaba aun junto á la puerta cuando salí de casa de Felicidad... me ha visto... me ha seguido... ha vuelto, se ha apoderado de su hijo y ha corrido á delatarme. ¡Oh! es preciso emprender la fuga.

Vistióse precipitadamente y se asomó á la ventana para observar lo que pasaba en la calle.

Al dirigirse al escondrijo donde habia ocultado la cartera de Gaston, vió la carta de Jenny, y tuvo miedo. Desdobló el papel, lo leyó, y al terminar la lectura lanzó un suspiro diciendo:

—Todo va bien, soy rico y desde ahora empieza para mí una nueva existencia.

Cogió la cartera, contó los billetes, cuyo importe ascendia á 14.000 francos, la ocultó, no en sus bolsillos, sino en el pecho, debajo de la camisa, y salió precipitadamente de la habitacion.

Al ver á la portera le dijo:

—Conservaré la llave en mi poder. Si Jenny vuelve antes que yo, decidle que vaya á buscar-

me al Gran Teatro.

Con la mayor audacia y sangre fría entró en un café y pidió un sobre de cartas, en el que introdujo 13.000 francos que dirigió á Ginebra, (lista del correo), despues de haber escrito en la parte superior: «Documentos de familia.»

Cuando hubo depositado la carta en un buzón, exclamó:

—Es preciso...

Y acto contínuo se encaminó hácia el escritorio de una fábrica de sederías, donde estaba empleado. Al entrar en el establecimiento, tuvo miedo, pues observó que el dueño se dirigia directamente á él.

—Clemente,—le dijo,—hasta ahora he tolerado las irregularidades de vuestra conducta, en atencion á que sois un padre de familia; pero vuestro estado no debe ser tan triste como yo suponía, y puesto que no tratais de mejorarlo, me veo en la necesidad de despediros. Asi, pues, desde hoy podeis buscar colocacion en otra parte.

—Está bien; voy á poner en órden mis papeles y me retiraré.

—Es inútil que deis ese paso,—añadió el dueño con severidad.—He comprobado los libros y no os debo nada. Partid y no hablemos mas del asunto. Teneis una mujer y un hijo, y no quiero perderos.

Lleno de ira, Clemente balbuceó:

—Os obedezco... pero dejadme cojer mis papeles personales.

—Como gustéis.

Clemente entró en el escritorio, abrió varios cajones, sacó un papel que parecia un pasaporte, y salió diciendo, como afectado por lo que habia ocurrido:

—¡Ah! ¡Me habeis dado la muerte!

Cuando estuvo fuera del establecimiento, una sonrisa de satisfaccion iluminó su rostro. Atravesó la calle de Lyon, entró en una peluquería y se hizo afeitar la barba. Despues salió precipitadamente y entró en un café, donde pidió recado de escribir.

Acto contínuo trazó las siguientes líneas:

«Muero porque he perdido la paz de mi hogar, porque me han despedido del establecimiento donde ganaba el pan de mi familia. ¡Que mi pobre mujer me perdone y que Dios se apiade de ella y de nuestro hijo! He resuelto arrojarme al Ródano.»

Firmó la carta, le puso la direccion y salió del café para irse á comprar un sombrero.

A las siete de la tarde se dirigió al puente Morand, colocó en el suelo su sombrero viejo con la carta clavada dentro por medio de un alfiler, y

despues atravesó rápidamente el muelle.

Iba á tomar un carruaje, pero pensó que si su farsa fracasaba, el cochero podria indicar su camino, y por lo tanto, se dirigió á pié á la estacion de Ginebra.

Su primer cuidado fué el de mirar si habia algun agente apostado en dicho punto. Todo estaba tranquilo. Nuestro hombre tomó un billete de primera clase, se acurrucó en un ángulo del carruaje, y mientras el tren le arrastraba, se puso á pensar en la nueva vida que iba á sonreirle.

Es cosa en extremo curiosa ver el pensamiento á través del cráneo de un malvado, sobre todo, si este quiere buscar la causa de sus faltas.

—Ahora,—pensaba Clemente,—soy libre y puedo probar fortuna; si obtengo buenos resultados, no me costará gran trabajo reconciliarme con Jenny. ¡Qué vida tan triste va á pasar la desdichada! ¡Pero no he arrastrado yo tambien una vida miserable? El trabajo no ha podido proporcionarme nunca lo bastante para satisfacer mis pasiones. He cometido un crimen, sí; pero he cambiado de nombre y tengo en mi poder el pasaporte de un comisionista de la casa. Una voz secreta me dice que con este dinero he ser rico, andando el tiempo. ¡Al diablo, pues, los escrúpulos!

Cuando el tren llegó á Bellegarde, Clemente bajó del coche y pasó riendo ante el comisario de policía.

Este, deteniéndole, le preguntó:

—¿Quereis hacerme el obsequio de decirme cómo os llamais?

—¿Yo?—exclamó nuestro hombre balbuceando y á punto de perder la serenidad.

El comisario le observaba.

—Soy un comisionista de la casa X... de Lyon.

—¿Quereis aguardar un instante?—repuso el agente.

Esta vez un copioso sudor inundó la frente del interpelado. Parecíale imposible que pudieran detenerle á consecuencia de los sucesos de la noche anterior, puesto que nadie tenia conocimiento de ellos.

Cuando los viajeros hubieron abandonado la estacion, el comisario, volviéndose hácia Clemente, le preguntó:

—¿Teneis pasaporte?

—Aquí está.

El agente leyó el documento en cuestion, y con la mayor calma se lo devolvió diciendo:

—Está bien; pasad...

En cualquiera otra ocasion, Clemente hubiera pedido explicaciones acerca de las sospechas que

había inspirado; pero su conciencia no estaba bastante tranquila para atreverse á hacer la menor observacion. Volvió á entrar en su carruaje, y aquella misma noche llegó á Ginebra, hospedándose en el hotel del Lago. Cuando se vió solo en su cuarto respiró y dijo:

—Ya soy completamente libre, y Clemente Herquin ha muerto. Soy otro hombre.

De pronto oyó ruido en la habitacion contigua; guardó silencio, y despues de haber apagado la luz miró por el ojo de la cerradura de una puerta que comunicaba con la de su cuarto: entonces apareció ante sus ojos un hombre de unos cincuenta años, que sentado junto á una mesa leía y corregia los pliegos de una larga correspondencia.

A cada instante el misterioso personaje consultaba un libro que tenia abierto á su lado. Al terminar sus correcciones, le vió recoger todos los papeles que estaban sobre la mesa y hacer con ellos un paquete. Entonces sus ojos, acostumbrados á la claridad, vieron sobre la misma mesa una peluca y unas patillas postizas.

—¿Qué diablo es eso?—pensó Clemente.

El desconocido cogió de pronto todos los papeles inútiles y los arrojó á la chimenea, atizando el fuego hasta que se hubo consumido el último pedazo.

Después se dirigió hacia la mesa, cogió un sobre y se puso á escribir. El sobre se rasgó al correr de la pluma, y nuestro hombre lo estrujó entre sus manos, arrojándolo al suelo para escribir en otro.

Apenas hubo terminado su carta, la colocó en su cartera, y después de haberse puesto la peluca y las patillas, cerró su maleta y llamó: el desconocido, que era un hombre alto y esbelto, se encorbó de pronto y dijo á la camarera que se presentó:

—Hija mia, antes de acostarme quiero respirar un rato el aire de la calle y os he llamado para que pongais agua en la botella.

—Pero, caballero, ¿no sabeis que hace un frio espantoso?

—¡Oh! no importa, volveré dentro de pocos minutos.

El misterioso personaje salió de su habitacion.

Cuando hubo partido, Clemente vió que la criada descubria la cama, cogia una botella y se retiraba.

En aquel momento salió tambien él; miró en torno suyo y observó que el corredor estaba desierto. Entró en el cuarto del desconocido, en cuya puerta la camarera habia dejado la llave, y buscó el sobre que momentos antes habia sido arrojado al suelo.

Cuando lo tuvo en su poder, salió precipitadamente. Al volver á su cuarto encendió la luz y leyó en el sobre:

«Al señor Lafermé.—Prefectura de policía.—Paris.»

Clemente no pudo dominar su sorpresa, y hasta llegó á sospechar que aquel hombre estaba allí para vigilarle; pero al fin, comprendió lo absurdo de tales suposiciones y se acostó diciendo:

—Siempre es bueno conocer á los que nos rodean... Sin embargo, no me gustaria ser amigo de ese misterioso personaje.

Al dia siguiente por la mañana, Clemente tomó noticias acerca de la hora de salida de los buques del lago. Una vez informado, compró algunas prendas de ropa y una maleta, porque durante la noche habia pensado que su detencion en Bellegarde reconocia por causa la falta de equipaje. Despues de haber almorzado opíparamente, arregló su cuenta en el hotel, y cuando vestido como un caballero se dirigia al vapor, se encontró de manos á boca con su vecino de la noche anterior.

Apenas hubo entrado en el buque, y cuando se iba á dar la señal de marcha, un individuo se presentó en la cubierta. Clemente creyó que era el mismo personaje á quien habia encontrado al

salir del hotel y que la noche anterior enviaba su correspondencia á la prefectura de policía de París.

Sin embargo, no era el mismo sugeto á quien habia visto cerrar cuidadosamente sus cartas; no era el mismo anciano que habia salido á respirar el aire de la calle antes de acostarse; era un jóven de treinta años, elegante y decentemente vestido.

Sintiendo siempre pesar sobre él la investigadora mirada del desconocido, Clemente se puso á observarle á fin de averiguar si aquel hombre era el mismo á quien habia visto en el hotel del Lago.

El azar le sirvió á su gusto. El desconocido sacó de su bolsillo un papel que aplicó al fuego de un fósforo; despues de haber encendido un cigarro, lo echó al suelo y fué á sentarse junto á la obra muerta con objeto de fumar mas tranquilamente. El asesino de Gaston se levantó, dió un paseo por el puente y recogió, sin ser visto, el papel, que estaba ya medio consumido; despues se retiró á un lado y vió que tenia en sus manos la cuenta del hotel; al fin iba á saber el nombre del misterioso personaje.

El papel, sin embargo, no lo trascibia, pero demostraba que Clemente no se habia equivocado. Aquella cuenta era la del número 8, y nuestro

hombre, consultando la suya, vió que habia ocupado el número 9.

Entonces aumentaron considerablemente los temores de aquel miserable. Estaba aturrido al considerar con cuanta facilidad se trasformaba su vecino, y empezó á concebir graves sospechas acerca de él.

A las doce del dia llegó el vapor al otro lado del lago, y Clemente tomó en seguida el ferrocarril para dirigirse á Saxon.

Al subir á uno de los coches vió con sorpresa que estaba ya ocupado por el desconocido. Pero la mirada que tanto le habia mortificado hasta aquel momento estaba velada por unos espejuelos verdes, circunstancia que aumentó mas y mas las perplejidades de Clemente. Este se sentó en el extremo opuesto del coche y se puso en actitud de dormir.

Al llegar al punto de su destino, los dos hombres se volvieron á encontrar reunidos en el mismo carruaje que los conducia al hotel de los Baños.

Clemente subió á su cuarto, con objeto de reparar el desórden de su traje; despues, atraído por un irresistible iman, se dirigió al Casino, donde tuvo la fortuna de no hallar á su inseparable compañero de viaje.

Las primeras jugadas fueron muy felices; en pocos minutos ganó Clemente 4.000 francos. Iba á aventurar un gran golpe, cuando al levantar los ojos, su mirada encontró la de un tipo en extremo original.

Clemente, lleno de turbacion, trataba de reconocer á aquel hombre; pero era imposible, porque tan solo la mirada se parecia á la del corresponsal de M. Laferme, jefe de la policia de París; pero la metamorfosis era tan completa, que no daba lugar á que se pudiera creer que el nuevo personaje fuese el mismo de quien hemos hablado anteriormente.

Confuso ante aquella mirada penetrante, Clemente jugaba mal.

A las diez lo habia perdido todo.

Entraba cabizbajo en el hotel, cuando al reclamar su llave, tropezó con el individuo á quien atribuia su desgracia, con el hombre que desde por la mañana le perseguia como si fuera su sombra.

No pudiendo reprimir su mal humor, dijo en cuanto le vió:

—¡Todavía!...

El desconocido exclamó entonces, dirigiéndose á uno de los mozos:

—Quisiera cenar en el comedor, porque me

fastidio en mi habitacion.

—Estareis tan solo como en vuestro cuarto, puesto que todo el mundo ha cenado ya en el hotel.

—No seria yo quien le acompañara,—murmuró Clemente cogiendo su bujía.

El misterioso personaje tenia sin duda el oido muy fino, porque se volvió de pronto, y dijo:

—Hareis mal, Clemente, pues deseaba convidaros.

Clemente se puso lívido al escuchar su nombre.

El desconocido prosiguió:

—¿No es verdad que aceptais mi invitacion? Vamos, mozo, servid dos cubiertos y dadnos una buena cena.

Clemente, despues de haber perdido toda su sangre fria, balbuceó:

—Pero, caballero, si no nos conocemos...

—Por esa razon estamos precisamente en el caso de conocernos mientras cenamos. Servidnos en seguida,—dijo despues al mozo.

Y asiéndose con toda familiaridad del brazo de Clemente le condujo á una galería, diciéndole en voz baja:

—Esto es, me conoceréis vos á mí, toda vez que yo os conozco muy bien, señor Clemente.

Este no podia dominar su turbacion, creyén-

dose detenido por un agente astuto y en extremo ladino que le seguía desde Lyon. Resistir era perderlo todo y armar un escándalo.

El asesino presentaba tal aspecto, que el desconocido le dijo:

—¿Qué teneis? ¿qué os pasa? Si mi compañía os es desagradable, libreme Dios de imponérosla.

Clemente le miró con atención.

—Os invito á cenar conmigo, porque sé que vais eu busca de una posicion social, y porque creo que puedo prestaros algunos servicios.

—Os declaro,—contestó Clemente,—que tengo cierta prevencion contra vos. ¿Quereis contestar á algunas de mis preguntas?

—Contestaré á todo lo que gustéis, cuando estemos completamente solos.

Los dos individuos se sentaron á la mesa y no dijeron una sola palabra. La mirada de Clemente trataba de leer en la plácida fisonomía de su compañero, que tranquilo ante un espejo, se peinaba la barba y el bigote.

En breves minutos se sirvieron algunos platos, y de pronto el desconocido indicó al mozo que les dejara solos hasta que fuese llamado.

El camarero obedeció, y apenas hubo salido del comedor, el personaje misterioso dijo á Clemente:

—Ya podemos hablar con entera libertad. ¿Qué me decíais?

—Os manifestaba, caballero, que no os conocía.

—Voy á satisfacer vuestra curiosidad, señor Clemente. Me llamo Isidoro Bassier.

—No es eso lo que precisamente queria preguntaros...

—Hablad.

—¿Estábais anoche en el hotel del Lago?

—Cuarto número 9. Entonces desempeñaba el papel de jefe de la casa Baulin y Compañía, de Ruan...

—¡Ah! ¿erais vos?...

—Sí, señor Clemente.

—¿Y aquel jóven del vapor?

—Era sir Husson, de la casa Crakers de Southampton. ¿Recordais que arrojó al suelo la cuenta del hotel?

—Sí.

—Pues tambien era yo. Aquí me hallo inscrito con el nombre de Bautista Caseor, antiguo oficial retirado, que viaja por motivos de salud. Este es el individuo que teneis delante, encarnado en la persona de vuestro servidor Isidoro Bassier, que acude á vos en calidad de amigo.

Clemente, que estaba completamente absorto, dijo:

—Dispensadme, caballero; vale mas que nos conozcamos á fondo; ¿no es verdad?

—Soy del mismo parecer, señor Clemente, y por eso me dirijo á vos.

—No os entiendo.

—Os conozco perfectamente, y voy á convencerlos de ello.

Clemente escuchaba lleno de ansiedad, preguntándose á donde iria á parar aquel extraño personaje.

El fingido oficial sacó de su bolsillo una pipa corta, la llenó guardando el mas profundo silencio, y despues la encendió lentamente. Al cabo de algunos instantes repuso con la mayor tranquilidad:

—Os llamis Clemente... estais casado con una muchacha encantadora llamada Jenny y teneis un hijo, hácia el cual no sentís el menor afecto. Sois un hombre banal y careceis de sentimientos y de corazon. Vivíais en Lyon bien recomendado y os apoyaba el clero, porque fuísteis educado en un seminario. No os lo echo en cara. Estábais colocado en uno de los primeros establecimientos de sederías y gozábais de la confianza del dueño, de la que habeis abusado de un modo incalificable. Hace cosa de diez dias alterásteis en los libros una cifra convirtiendo un uno en

un cuatro; de modo que pagásteis por cuenta de la casa 1.300 francos, y el libro arrojaba la cantidad de 4.300. Eso se descubrió hace tres días. Habíais pasado cuarenta y ocho horas sin asistir al escritorio... El dueño os denunció y aquí tenéis la orden de prenderos.

Al pronunciar estas palabras, Caseor enseñó á nuestro hombre un papel. Clemente dirigió entonces la mano á uno de sus bolsillos, diciendo:

—¡Ah! ¿Teneis el encargo de detenerme?

El oficial cogió á Clemente por el brazo sin que éste pudiera resistirse, y con la otra mano, separando la servilleta que á su lado se hallaba, y descubriendo un rewólver, repuso:

—Hijo mio, no os aventureis de ese modo, ni busqueis en vuestros bolsillos un arma para defensores, pues ya veis que os he ganado la delantera. Escuchadme tranquilamente y sin temor alguno, puesto que no deseo prenderos.

Clemente no sabia qué decir, y se dispuso á escuchar.

Su camarada le soltó el brazo y añadió:

—Amigo mio, ya os he dicho que teneis buenos protectores, y por lo tanto, si quereis, todo esto puede arreglarse.

Clemente hizo un esfuerzo supremo, y preguntó:

—¿Qué quereis de mí?

—Vuestro bien, querido Clemente, vuestro bien. ¿Sabeis quién soy? En este momento desempeño el papel del oficial Caseor.

Clemente jugó el todo por el todo, y contestó:

—Sí señor, lo sé; sois agente de la policía secreta.

Bassier se echó á reir, y dijo:

—Tengo muy buenas noticias de vos, y me consta que poseeis una inteligencia notable. ¿Me escuchais?

—Religiosamente.

—Pues bien, llegásteis á la estacion de Ginebra á las ocho y media.

—Sí señor.

—A las ocho recibí el siguiente telegrama:

Isidoro Bassier presentó un despacho á Clemente, el cual leyó con asombro:

«Estará en Ginebra á las ocho, y se hospedará en vuestro hotel. Vigilad.»

—Se trata, pues, de mí.

—De vos mismo.

—¿Y quién podia saber el nombre del hotel donde iba á albergarme?

—Recordad que al llegar á la estacion, un carruaje se adelantó hácia vos; subísteis, y el cochero fué quien dijo:—«Sí, sí, voy al hotel del

Lago.»—¿No os fijásteis en ello?

—No.

—Nosotros queríamos que os hospedárais en dicho establecimiento. Además, yo deseaba que os ocupárais de mí, y sobre todo, que llegárais á escucharme con verdadera atencion.

—Proseguid...

—Pues bien, lo primero que hice fué decir á la camarera que diese á un viajero que iba á llegar, conducido por el cochero tal, el cuarto contiguo al mio, toda vez que se trataba de un amigo á quien queria dar una broma al dia siguiente. Os alojaron, pues, en el número 8; yo ocupaba el 9. Cuando estuvísteis solo en vuestro cuarto, despues de haber colocado sobre mi mesa una peluca y una barba postizas, me puse á hacer ruido con dos ó tres sillas. Todo hombre que no tiene la conciencia tranquila, se ocupa siempre de lo que ocurre en torno suyo. Yo habia colocado una pluma sobre la cerradura de la puerta que separaba nuestros dos cuartos, pluma que debia caer forzosamente á la menor presion. Mi estratagemma produjo buen resultado, pues á los dos minutos comprendí que estábais inclinado mirando por el ojo de la cerradura. Cojí unos papeles y los arrojé al fuego para que entrárais en curiosidad. Despues vino la cuestion de los sobres, y salí á

la calle dejando mi llave en la puerta. Cuando volví, busqué el sobre que habia desechado y no lo encontré. A las dos de la mañana estábais roncando. Abrí la puerta que separaba nuestros dormitorios y en seguida practiqué un registro en vuestros bolsillos.

—¿En mis bolsillos?—exclamó Clemente.

—Sí, sí, en vuestros bolsillos. En ellos encontré un pasaporte, del que tambien tenia ya conocimiento, y el sobre que habíais recogido en mi habitacion.

—Caballero,—dijo Clemente,—me aterrorizais.

—No obstante, todo eso es muy poca cosa. ¿No bebeis? Nada hay que establezca una corriente simpática como el buen vino. Aun no he terminado.

Bassier llenó dos vasos y continuó:

—Sois un hombre inteligente, y sin embargo, no dejais de tener alguna candidez. Cuando busco á alguien, me ocupo principalmente de no despertar su atencion, haciendo lo contrario de lo que con vos he practicado. La cuenta del hotel... mi insistencia en no apartar de vos mis ojos...

—¿Con qué fin obrábais así?

—Con el de provocar á esta entrevista.

—¿Y qué objeto tiene nuestra conversacion?

—Al fin hemos llegado al punto grave del ne-

gocio. Recibido aviso en el cual me daban cuenta de vuestra llegada; pero antes me habian dirigido un despacho en el que me decian que érais un hombre inteligente, discreto y capaz de todo. Yo empiezo á ser aqui muy conocido, sobre todo por los *politicos*, por cuyo motivo nos hace falta un hombre nuevo.

—¡Yo de la policía!—exclamó Clemente rojo de vergüenza.

Isidoro Bassier se echó á reir de tal modo, que estuvo á punto de romper su pipa.

—¡De la policía! ¡Ah, señor Clemente! Mañana mismo puedo enviaros como ladron y como falsario á despreciarla, si no preferís servirla.

Clemente se mordió los labios y bajó la cabeza.

Bassier repuso:

—Os ofrezco una posicion ventajosa y lucrativa, pues nos serviremos de vos para que nos presteis vuestros servicios en ciertos círculos. Sois jugador y teneis la desgracia de perder casi siempre. Sé que teneis en la lista de correos una carta llena de billetes de Banco...

Clemente levantó la cabeza y no supo qué decir, pues comprendió que pertenecia en cuerpo y alma á aquel hombre que todo lo sabia.

El oficial continuó:

—Con ese dinero y con la prisa que os dais en

gastarlo, no tendreis un céntimo dentro de diez dias. Fijaos ahora en lo que voy á deciros: Estaré siempre á vuestro lado y os haré obtener todo el dinero necesario para seguir jugando en Ginebra; cuando os veais en algun compromiso, al pronunciar una palabra, sereis inmediatamente protegido... Es un oficio encantador, pues sereis á la vez tres ó cuatro personas distintas... Tengo en mi cartera los pasaportes legalizados de Baulin, de sir Husson y del oficial Bautista Caseor. El único que no tengo es el mio; sereis como yo; vuestra vida pasada se ha borrado por completo, y de hoy en adelante sois un hombre nuevo.

Clemente, inquieto y asustado, deseaba verse libre de su compañero.

Este lo comprendió, porque levantándose dijo:

—Señor Clemente, á causa de los mozos no he podido quitarme los bigotes postizos, y todo esto me ahoga. Tengo necesidad de fumar á mis anchas y voy á retirarme. Mañana ireis á Ginebra á buscar vuestro dinero; os durará diez dias, ó á lo mas quince. Cuando lo hayais perdido todo, recordareis lo que os he dicho y no sentireis desden hácia la policía... la policía, señor Clemente, que protege á todo el mundo, incluso los malvados.

Despues, echándose á reir, añadió:

—Sobre todo á los malvados... No os incomodeis; yo tambien lo soy. Algun dia os demostrareis que, á pesar de las preocupaciones, es muy laudable ejercer un oficio que consiste en buscar, en descubrir y en prender á los enemigos de la sociedad, para entregarlos á la justicia.

—¿Y á quiénes llamais enemigos de la sociedad?...

—A todos los que no son amigos del gobierno.

—¡Ah!

—Pero, desgraciado, pensadlo bien; hace diez años que vivís en medio de la mayor miseria, entre la vergüenza y el crimen.

Clemente miró con altivez á su camarada, y éste continuó:

—La sociedad es el egoísmo personificado, y jamás será capaz de ofreceros un céntimo...

—En una palabra,—dijo Clemente,—¿me proponéis que sea polizante?

—Se trata de que frecuentéis ciertos círculos, á fin de que observeis á los enemigos de la sociedad y del orden. Lo mas que podrán decir es que sois un espía; pero vos, que sois francés y que conoceis el valor de las palabras, sabeis perfectamente que de ese modo ejercereis una obra patriótica... Pero os estais cayendo de sueño... Reflexionad, y hasta mañana. Buenas noches.

Y el agente salió del comedor, dejando á su camarada, no dominado por el sueño, sino aterrado á consecuencia de lo que acababa de oír.

Clemente se levantó lleno de tristeza y se dirigió á su cuarto... Cuando estuvo en él, se acostó, despues de haber recomendado que le despertaran temprano, para salir en el primer tren de Ginebra.

V.

DE CÓMO GENNY SUPO QUE ERA VIUDA.

Jenny no hubiera sido mujer si no hubiese inspeccionado el cuarto de Ripal tan pronto como éste salió para dedicarse á sus habituales faenas. Cuando su hijo estuvo dormido, la jóven se sentó junto á la ventana, á través de la que se veían los tejados cubiertos de nieve. Jenny se puso á meditar; todos los acontecimientos de la noche anterior se presentaron ante sus ojos, y abundantes lágrimas inundaron sus mejillas.

Acordóse entonces de lo que le habia dicho Gaston Rosay.

Este le habia suplicado que aceptara un préstamo; pero Jenny sospechó que no cumpliría su promesa.

Al llegar la noche, Ripal la encontró llorando, y le dijo:

—Si has abandonado á ese hombre porque es un mal sugeto, no es justo que le llores.

—No lloro por él, Ripal.

—En ese caso es preciso que enjugues tus lágrimas. Te he traído algo de comer y yo me vuelvo á mi trabajo, porque tengo mucho que hacer... Hasta mañana.

La pobre Jenny no habia cerrado los ojos desde la víspera; la fiebre de terror que la habia sostenido habia desaparecido con el llanto.

En cuanto se acostó, apoderóse de ella un sueño de plomo, y no se despertó hasta la mañana siguiente, al oír que llamaban á la puerta.

Levantóse precipitadamente y corrió á abrir.

Presentóse entonces Ripal, que pálido y temblando se echó á reír, y dijo:

—¡Ah! ¡Cuánto miedo he tenido!

—¿Miedo de qué?—preguntó Jenny.

—He llamado durante un cuarto de hora sin obtener contestacion y he llegado á sospechar que podias haber cometido una tonteria; pero por fortuna no ha sido así. Ahora voy á buscar pan, porque quiero almorzar contigo. Al instante estoy de vuelta.

Jenny dió el pecho á su hijo y se situó junto á

la ventana, cambiando con éste la franca sonrisa de los que se aman.

Cuando Ripal volvió, al ver al niño en el seno de su madre, dijo alegremente:

—¡Miren el goloso! Voy á poner la mesa, y entre tanto puedes leer un periódico que he comprado para que te distraigas.

—¡Ah!—exclamó vivamente Jenny, que lo cogió, y temiendo hallar en él algunos datos relativos al crimen de aquella noche, leyó la seccion de noticias.

Cuando Ripal tuvo preparada la mesa, se volvió para invitar á Jenny, y al verla lívida y á punto de desmayarse, corrió hácia ella.

La jóven se levantó, colocó á su hijo en la cama y dijo:

—Ripal, soy viuda.

—¡Cómo!

--Mirad.

El lionés cogió el periódico y leyó lo siguiente:

«Anoche fué encontrado junto al Ródano un sombrero, en el que se hallaba una carta clavada con un alfiler. Dicha carta, dirigida á Madame Herquin, calle de Aguesseau, da cuenta del proyectado suicidio de su esposo.

»Las pesquisas practicadas en el rio no han dado hasta ahora ningun resultado. El sumario

ha revelado que el desgraciado Clemente Herquin, que desempeñaba un cargo de confianza en uno de los principales establecimientos de sederías de nuestra ciudad, habia sido despedido el mismo dia á consecuencia de haberse descubierto un déficit relativamente considerable en sus cuentas.

»El desgraciado era jugador, y su esposa habia abandonado la víspera el domicilio conyugal en compañía de su único hijo.....

»Créese que Clemente, víctima de un acceso de desesperacion, se arrojó al Ródano.

»Se ignora el paradero de la madre y el hijo.»

Ripal, despues de haber leído, se descubrió y dijo:

—Es preciso que te olvides de todo eso; ya ha muerto y ante la muerte no queda mas recurso que el perdon.

De pronto Jenny, despues de haber visto que su hijo dormia profundamente, dijo á Ripal:

—Amigo mio, es menester que me acompañeis.

—¿A dónde?

—A Bellecour. Allí lo sabré todo, y si es cierto lo que dice ese periódico, Clemente habrá devuelto el dinero.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Ripal.

—Nada, nada,—contestó vivamente Jenny.

Esta pensaba que no era posible que el hombre á quien habia visto realizar friamente su crimen, que el miserable que se habia olvidado de su mujer y de su hijo, renunciara de pronto al beneficio de las fechorías que acababa de cometer.

Clemente, habia matado para robar doce ó catorce mil francos. ¿Qué habia hecho con esa suma? Si los remordimientos le habian arrastrado á pensar en el suicidio, debia haber restituido la cantidad robada. Conocia á su víctima y quizas habia enviado el dinero á la familia de Gaston Rosay. Dominada por esta idea, Jenny habia suplicado á Ripal que la acompañara al sitio indicado.

Ripal no se atrevia á interrogar á su amiga y la condujo á la oficina de la plaza de Bellecour.

Al llegar á la puerta, Jenny le dijo:

—Venid conmigo.

Y en seguida se dirigió hácia el despacho sobre el cual estaba escrito: *Lista del correo*.

La jóven preguntó:

—Caballero; ¿hay alguna carta para la señorita Nini?

El empleado buscó y le entregó un pliego cerrado.

Ripal quedó sorprendido al ver que una carta

con semejante direccion podia llegar á su destino.

Jenny, que deseaba alejarse cuanto antes, le dijo:

—Venid.

En la calle de la Caridad, la jóven rasgó el sobre, del cual salió un billete de mil francos. Jenny se puso encarnada.

Ripal estaba maravillado y decia:

—Me habian asegurado que eran azules.

Jenny leia algunas palabras que acompañaban al billete: «Jenny, os debo la vida. Mi madre, á quien se lo he contado todo, os bendice y os ruega que acepteis este billete para vuestro hijo..... Quiere que le escribais..... Jenny, os suplico que le contesteis—Gaston.»

Primero apareció una sonrisa en los labios de Jenny, y despues rodó por sus mejillas una lágrima. La pobre mujer pensó:

—Clemente no ha devuelto el dinero. Eso es una comedia. El miserable vive...

—Qué estás diciendo,—exclamó Ripal estrechando entre sus manos el billete.—Tomad esto, y tanto mejor si vive.

—Digo, Ripal, que mañana mismo has de abandonar tu empleo.

—¡Cómo!

—Mañana vas á ocuparte de buscarme un modo de vivir.

—¡Yo!

—Sí. Eres un hombre sin amigos, sin familia... lo mismo que yo. Pues bien; tú serás mi... mi padre, y mi hijo y yo constituiremos tu familia.

—¿Y qué quieres hacer de mí?

—Tengo que realizar una venganza.

—¡Dios mio! hablas como una loca; el dinero te ha trastornado la cabeza.

—Quiero alcanzar un propósito que he concebido.

—¿Qué piensas hacer?

—Quiero vengarme, y dedicar mi vida al castigo de los culpables. Quiero sacrificarlo todo á mi venganza. Quiero luchar contra un mónstruo que no se propone mas que hacer daño... Quiero, en fin, que el sacrificio del alma y de la vida de la madre, borre sobre la frente de su hijo la marca de la infamia de su padre.

—¿Habrá algun peligro que correr?

—Algunos.

—¿Pero serás feliz?

—Sí.

—Pues bien; volvamos á casa,—dijo Ripal.—Corro al rio y diré á mi amo que la lejía me produce dolores reumáticos. Entra en casa que al

instante estoy de vuelta.

Aquella misma noche Ripal acompañaba á Jenny y á su hijo á San Estéban.

Contemos ahora ligeramente lo que ocurría en Ginebra.

Clemente había ido al correo á recoger la carta que él mismo se había dirigido. Al llegar al hotel encontró bajo sobre dos tarjetas de entrada para otros tantos casinos de Ginebra, á los cuales se dirigió sin pérdida de tiempo, para satisfacer la pasión que le devoraba por completo. Cuatro días después, lleno de tristeza, atravesaba el puente de los Bergues, preguntándose lo que iba á hacer con los bolsillos vacíos, después de haber pedido prestado á varios jugadores y de haberse cerrado para él las puertas de los casinos. Se apoyó sobre el parapeto del puente, y mirando circular las transparentes aguas, la idea del suicidio cruzó tal vez por su cerebro; pero el agua tiene poca profundidad en el puente de los Bergues.

El recuerdo de su crimen estaba muy lejos de su memoria. Al salir de Lyon y al cambiar de nombre, le parecía que era otro individuo; no obstante, á aquella hora echaba de menos su casa de la calle de Aguesseau; hubiese querido trasladarse á ella y reunirse con su mujer y su hijo.

Estos seres que le llenaban de fastidio en tiempos de prosperidad, le eran indispensables en aquel momento en que se veía abandonado por todos. Aquella fortuna adquirida por medio de un crimen, la habia perdido en cuatro dias.

Desesperado y buscando en vano una salida á su situacion, estaba apoyado sobre el puente, cuando sintió que le tocaban por la espalda. Volvióse vivamente; la persona que se le habia acercado era un hombre de unos sesenta años.

—Eh, amigo,—le dijo el recién llegado,—ya sabeis que aquí el rio no tiene profundidad, y que no debeis pensar en suicidaros.

Al oír aquella voz, Clemente se estremeció y dijo:

—¡Vos!

—¿No os he dicho que me hallaria á vuestro lado cuando lo hubiéseis perdido todo? Os daba diez dias de tiempo y no habeis necesitado mas que cuatro... Pues bien, ¿quereis una suma igual á la que habeis perdido, para empezar de nuevo esta noche?

Clemente se habia incorporado.

—Dadme el braza,—dijo,—y pongámonos en marcha. ¿Qué debo hacer?

—Comed conmigo y os daré instrucciones... ¿Estais decidido?

—Agente secreto, ¿no es verdad?

—Y público tambien;—contestó el misterioso personaje sonriendo.

—Haré lo que gustéis,—dijo Clemente,—os pertenezco, pero hacedme vivir cómodamente.

—Por supuesto... seguidme.

El desconocido arrastró á Clemente, y los dos entraron á los pocos instantes, no en el hotel, sino en un chiribitil de la calle del Ródano.

—¿A dónde vamos?—preguntó Clemente.

—A mi casa.

—¿Pero no teneis una habitacion en el hotel?

—Allí me alojé provisionalmente para esperaros.

Clemente le miró con sorpresa.

—Ah, me olvidaba de una cosa,—repuso el desconocido;—es preciso romper el pasaporte de comisionista. Tomad, hé aquí vuestro nuevo estado civil.

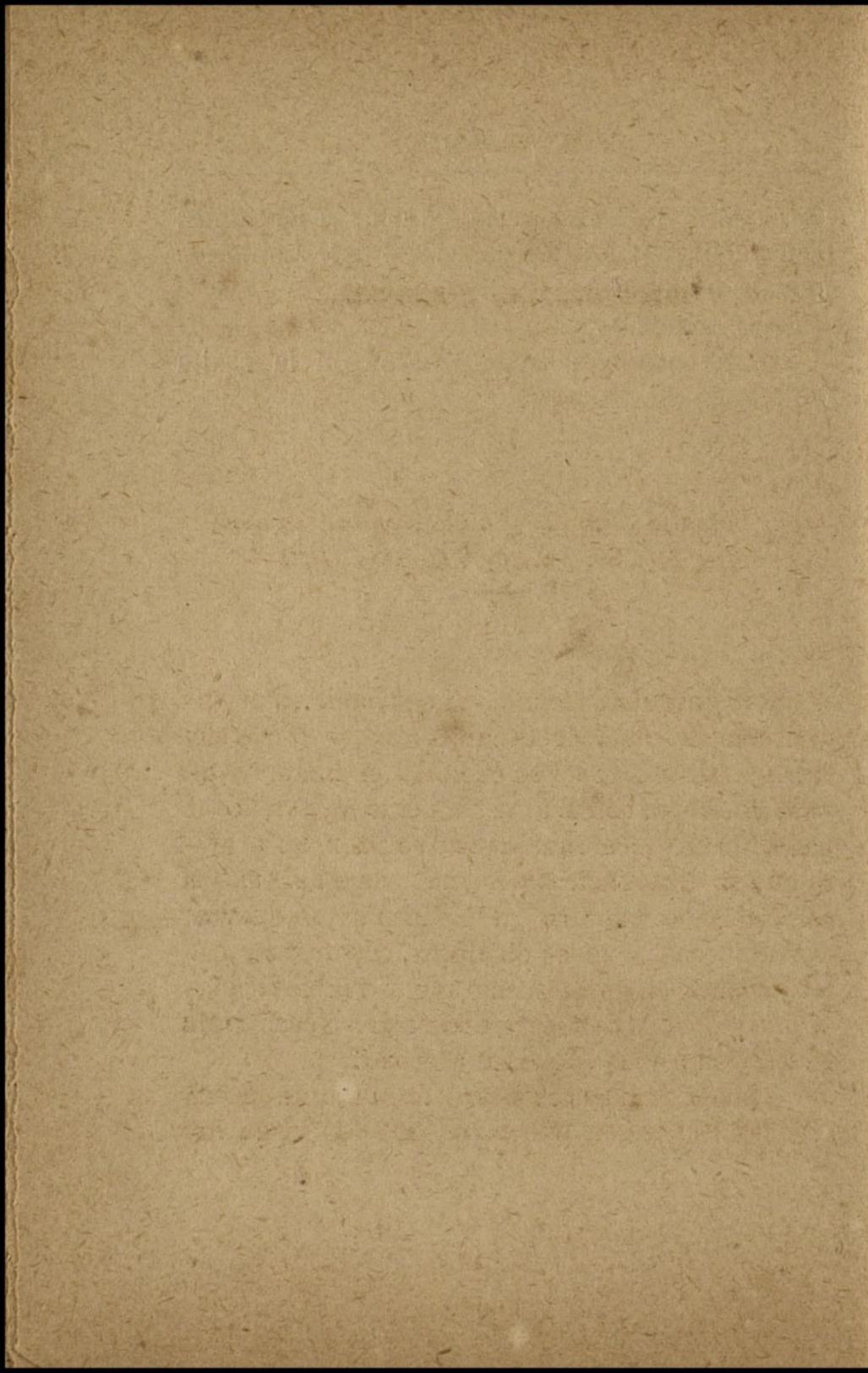
Y el individuo, que como nuestros lectores habrán comprendido, era Isidoro Bassier, le entregó un documento diciéndole:

—De hoy en adelante os llamareis Hipólito Coquelet; no tendreis necesidad de alterar las marcas de vuestra ropa, pues las iniciales son las mismas; Clemente Horquin, Coquelet Hipólito, una C y una H. No podéis figuraros cuán

agradable va á ser el trabajo que os reservamos;
debeis adquirir noticias por medio delas mujeres:
¿estais decidido?

—Sí, subamos.

Los dos hombres desaparecieron en la casita
de la calle del Ródano.



SEGUNDA PARTE.

I.

DEL PELIGRO DE IR Á RESPIRAR EL FRESCO DURANTE UNA NOCHE DEL AÑO 1873.

Hácia fines del verano, al sofocante calor del dia reemplazaba una noche suave y fresca del mes de Agosto; el sol se ocultaba envuelto en un cielo de fuego; reinaba un viento tibio, y sobre el muelle de San Antonio apenas se percibia la brisa que se desprendia del Saona. Bajo los árboles del muelle se paseaba la multitud; muchachas encantadoras, jóvenes atrevidos, costureras, comisionistas, empleados, obreros y varias parejas de mas ó menos dudosa procedencia. Todas estas gentes reian y hablaban en alta voz.

Un joven de buen aspecto y de maneras distinguidas, despues de haber paseado á lo largo del

muelle, atravesó la plaza de Arbon y se metió en la calle de San Cosme, mirando y buscando por todos lados como si esperara á alguien. Despues volvió á dirigirse hácia el muelle, y á la claridad de la luz de las tiendas, miró su reloj.

—Ya es hora,—murmuró.

Iba á penetrar de nuevo en la calle de San Cosme, cuando notó que se formaba un grupo al extremo de la calle de Merciere; para ocupar su impaciencia se dirigió al grupo, se deslizó indiferente á través de los espectadores, y presenció la escena que habia dado lugar á aquella reunion.

Varios agentes de policia, rechazando á los curiosos que la rodeaban, trataban de prender á una jóven. Un hombre alto, con el sombrero inclinado sobre la oreja parecia mandar á los demás agentes, y tenia á la jóven sujeta por la mano. Esta, llena de confusion alzaba su brazo sobre su rostro para ocultar su vergüenza. Cuando el hombre le puso la mano sobre la espalda, la jóven trató en vano de hablar, sus labios se movieron, pero ni un sonido pudo salir de su boca.

El individuo que queria prenderla, decia en alta voz con objeto de ser oido:

—Hace rato que os vigilo, y todos los dias os veo aquí á la misma hora; vamos, vamos, seguidme.

La jóven hizo un supremo esfuerzo y dijo:

—Sois un miserable, y os consta que diariamente vengo á reunirme aquí con una persona que me espera.

—Sí, sí, la conozco...

—No me toqueis.

Y la jóven retrocedió para escapar de sus manos.

El individuo á quien hemos visto acudir con objeto de enterarse de lo que ocurría, habia permanecido inmóvil; pero cuando oyó la voz de la jóven, se abrió paso entre la concurrencia y se precipitó sobre el agente, al cual arrojó en medio de sus compañeros, diciendo:

—Habeis mentido; esa jóven es amiga mia.

—¡Ah!—contestó el agente,—vos sois su... su...

Antes de que acabara de proferir la injuria, el jóven descargó un terrible puñetazo sobre su adversario, cuyos compañeros trataron en seguida de detener á la muchacha y á su defensor. Pero el hombre que les dirigia les contuvo, y acercándose al jóven, le dijo:

—Ya nos veremos las caras.

Y acto contínuo desapareció con sus acólitos, en medio de la mas espantosa rechifla.

El jóven, que deseaba alejarse cuanto antes, condujo á su amiga hácia la calle de Merciere,

dejando á los curiosos llenos de sorpresa.

—¡Pobre Eva!—decia;—yo soy la causa de todo esto.

—Marcelo, amigo mio, no puedo dar un paso. Detengámonos.

—Seguidme y no tengais miedo.

—Marcelo, las fuerzas me abandonan, sostenedme.

Al pronunciar estas palabras, la jóven se sintió desfallecer. Marcelo, cogiéndola en sus brazos, la mantuvo en pié, y no queriendo ser visto, se dirigió hácia la calle Dubois. Al llegar á ella encontró abierto un postigo que precedia á un corredor negro como un abismo, en el que entró con Eva. Allí, al abrigo de los curiosos, sentó á su amiga sobre unas gradas; entonces sacó una caja de fósforos, iluminó aquel recinto y vió que se hallaba en una casa abandonada, que indudablemente estaba destinada á ser demolida en breve. En el fondo aparecia una antigua escalera, y á la izquierda se veia la entrada de un patio, en cuyo centro habia una bomba.

Acompañó á la jóven á la escalera, se dirigió despues al patio, sumergió su pañuelo en el agua, y volviendo al lado de la mujer á quien habia acompañado, le mojó las sienes.

—¿Estás mejor, Eva?—le dijo.

Al cabo de algunos minutos, la jóven recobró sus sentidos, y trató de reconocer el sitio donde se hallaba.

—No temais nada,—exclamó Marcelo;—cuando esteis completamente repuesta, saldremos. Los agentes son por lo comun groseros, y al veros sola, se han equivocado...

—Nó,—dijo friamente Eva.

—¿Cómo no? ¿qué quereis decir con eso?—preguntó Marcelo.

—El hombre que intentaba detenerme es un miserable á quien encuentro diariamente, que me asedia con sus persecuciones y al cual siempre he contestado con el desprecio que se merece.

—¿Cómo! ¿ese agente?...

—Hace tiempo que me persigue; yo ignoraba su posicion y creia que era un funcionario del municipio. Se habia hecho presentar en casa, y al hablarme hace dos dias de un modo inconveniente, le declaré que iba á quejarme á mi tio... Así lo hice, y le fué prohibida la entrada en nuestro domicilio. Ayer le volví á encontrar y me dijo:

—Veo que os defendeis, pero ese modo de proceder puede seros fatal. Tarde ó temprano sereis mia...—Esta noche he visto al fin lo que es...

Marcelo, mordíendose los labios, exclamó:

—A haberlo sabido lo hubiera estrangulado. ¿Por qué no me habíais hablado de ese hombre?

—¿Con qué objeto debia atormentaros? No sois celoso y sabeis que os amo. Además, conozco vuestro carácter, y sé que hubiérais querido castigarle. ¡Sabe Dios lo que podia ocurrir!...

—Debíais haberme avisado.

—¡Bah! no hablemos mas de eso, pues me habeis salvado y estamos el uno junto al otro.

—¿Pero no comprendéis que ese hombre, habiendo sido recibido en casa de vuestro tío, no podia pensar en prenderos? A las primeras palabras, se hubiera descubierto su indignidad.

—Teneis razon.

—Decidme el nombre de ese...

Marcelo se interrumpió; habian llamado á la puerta de la calle, dando tres golpes acompasados.

—Silencio, Eva, levantaos, dadme el brazo y subamos.

La jóven obedeció, apoyándose en el brazo que Marcelo le ofrecia. Subieron algunos escalones. El oscuro corredor se iluminó de pronto, abrióse una puerta situada debajo de la escalera y apareció un hombre que fué á abrir el postigo de la calle. El individuo que entró, dijo:

—¿Habeis entornado la puerta esta noche?

—No, habrá sido un olvido del primero que ha llegado.

—¿Son muchos los invitados?

—Una docena.....

—Es preciso, José, tener cuidado de que la puerta esté abierta; la casa está abandonada, y si la gente se vé obligada á llamar y á esperar, podriamos ser descubiertos. Vigilad sin descanso.

—No temais.

José abrió acto contínuo la puerta que se hallaba debajo de la escalera, introdujo al recién llegado y volvió hácia la puerta de la calle. Al oír un leve rumor, dijo:

—¿Quién va?

—¡Ah! ¿Sois vos, José?.....

—Venid,—dijo éste,—reconociendo al hombre que le dirigia la palabra.

Cuando la noche y el silencio volvieron á reinar en la casa, la jóven dijo en voz baja á Marcelo:

—¿Qué significa todo esto? Vámonos, tengo miedo.

Marcelo obedeció, y evitando hacer el menor ruido, bajó la escalera con su amiga, atravesó el corredor y salió de la casa.

Cuando estuvo en la calle, pasó junto á un jó-

ven de unos veinte años, que pareció quedarse sorprendido al verle salir de la casa en que iba á entrar, y retrocedió vivamente, buscando la sombra para no ser visto.

Marcelo y Eva no notaron su presencia, pero el jóven les siguió largo rato con la vista. Cuando hubieron desaparecido, el jóven entró en la casa bastante preocupado.

Marcelo acompañaba en tanto á Eva, procurando tranquilizarla.

—¡Qué miedo he tenido! ¿Pero quiénes son esos hombres?

—Lo ignoro por completo.

—¡Dios mio! aun estoy temblando...

—Hablemos de vos, Eva, y de la penosa aventura de la plaza de Albon. ¿Cómo se llama el hombre que ha desempeñado esa repugnante comedia?

—Marcelo, no hablemos de eso; os ruego que no me digais una palabra mas sobre ese asunto... la leccion de esta noche será eficaz, y no volveremos á ver á ese miserable.

—¿Y creéis que en adelante renunciará á sus infames proyectos? Yo supongo lo contrario, y ocultando su nombre, dais lugar á que os tienda una nueva celada.

—Contestadme con franqueza. ¿Si os revelara

el nombre de ese malvado, qué haríais?

—Correria mañana mismo á su encuentro, y de hombre á hombre quedaria resuelta la cuestion.

—¿Y creéis acaso que un sugeto de esa especie aceptaria vuestras proposiciones? Seríais su víctima y nada mas. Ese hombre no merece mas que vuestro desprecio... hablemos ahora de nosotros.

—Si así lo quereis, Eva, cúmplase vuestro deseo.

—Sí, lo quiero;—repuso la jóven,—¿no teneis nada que decirme esta noche?

—Sí, lo que os repito constantemente: que os amo. Eva, ya que debemos hablar de nosotros, os pido una explicacion de lo que me decíais ayer.

—¿No me comprendísteis? Os decia que era preciso averiguar si entre vuestros amigos teneis alguno que lo sea tambien de mi tio.

—Ya recuerdo; ¿pero con qué objeto?...

—Para que vaya expontáneamente á casa y hable en favor nuestro... La negativa de mi tio no se refiere mas que á vuestro nombre, pues ni siquiera os conoce.

—Pero si, á pesar de todo, sostiene su parecer...

—Marcelo, ya os lo he dicho, y no tengo mas que una palabra. Si llegara ese caso, le induciria

á ceder ó le abandonaria.

Marcelo no contestó, y la jóven interpretó su silencio, porque dijo:

—No, tan solo en el último extremo me decidiria á obrar. No conoceis á mi tio, pero os aseguro que es la bondad personificada; tiene rudezas de soldado y debilidades de niño. ¿Qué quereis? ha vivido bajo otro régimen, y sus grados y su situacion los debe al imperio... No quiere oír hablar de otro gobierno. Vos no os ocupais de política, pero vuestro padre fué perseguido por revolucionario.

—Fué deportado y murió en el destierro.

—Sí; cuando yo revelé vuestro nombre á mi tio, le dije eso, y exclamó: «Entonces es republicano!...»

—Decia la verdad, Eva.

—Yo, Marcelo, no sé ni quiero saber lo que sois. Yo no hago un acto político al casarme, ni quiero pedir mi marido al sufragio universal...

—Lo nombrais vos misma.

—Sí, Marcelo; y yo quisiera que os dedicárais menos á la política y pensárais mas en mí. Haced concesiones, es decir, lo posible para tener una entrevista con mi tio. Dejadle hablar, no seais exigente, y todo se arreglará á medida de nuestro deseo.

—¿Y sois vos, Eva, la que me decís semejantes cosas? Ya he hecho todas las concesiones imaginables; pero, ¿creeis que pueda llegar al extremo de permitir que se insulte la memoria de mi padre?

—No hablemos mas de política,—repuso la jóven.

—Teneis razon, Eva, soy un necio. Es preciso hallar los medios de realizar nuestro propósito. A este fin, buscaré una persona que se entienda con vuestro tio, para ver si le hacemos mudar de opinion.

—Buscad, y entretanto yo le hablaré. Pero ya es tarde y deseo que me acompañeis á casa.

—Pero no hemos convenido en nada.

—Pues bien, hablad...

—Queda, pues, acordado que hablareis con el capitán.

—Mañana mismo.

—¿Pensais decirle que deseais obtener una respuesta definitiva?

La jóven se echó á reir, y contestó:

—¿Creeis que yo hablo con mi tio como se habla con cualquiera? Para decirle algo importante es menester prepararle y amansarle con anticipacion.

—¡Es muy triste que esteis sometida al capri-

cho de un ente tan original!

—No digais eso, Marcelo, conozco sus errores y ridiculeces; pero no me gusta que le censuren delante de mí. Mi padre murió dejando á mi madre en la miseria y multitud de deudas, y mi tío se encargó de mantenernos y de darme educación.

—Era muy justo.

—Sí: pero lo cierto es que sacrificó todo cuanto ganaba para educarme, y yo no olvidaré jamás tal beneficio.

—Querida Eva, líbreme Dios de atacar al capitán Sapertache. Sin embargo, si quereis escucharme con calma durante algunos minutos, voy á restablecer la verdad al lado de la leyenda...

—¿Qué quereis decir con eso de la leyenda?

—¿No ha sido vuestra madre quien os ha referido lo que acabais de contarme?

—No, porque apenas la conocí...

—Escuchadme, Eva; me conoceis lo bastante para saber que soy incapaz de mentir...

—Sí, amigo mio, lo sé,—contestó la jóven.

—Eva, amiga mia, cuando hablé dias atrás en mi casa de la union que yo proyectaba realizar, quiso mi familia saber quien era la mujer á quien queria tomar por esposa...

—¡Ah!—exclamó Eva, un tanto amostazada,—

¿vuestra familia ha tomado noticias acerca de mi persona? ¿Y qué han dicho de mí?

Marcelo afectó no haber notado el tono con que fué hecha la observacion, y contestó:

—Se ha sabido que érais un ángel; que vuestro padre fué juzgado por una comision mixta y condenado; que habiendo logrado escaparse, le volvieron á prender y fué juzgado y fusilado sumariamente; que vuestra madre se volvió loca cuando le arrebataron por segunda vez á su esposo; que fué recogida, con la niña que acababa de dar á luz, por su hermano el capitan Sapertache... y que cada vez que la pobre demente veia un uniforme, se recrudecian sus crisis. Entonces el capitan puso á su hermana en un manicomio, donde murió al cabo de dos años. Despues, el capitan, vuestro tutor, os hizo entrar en un colegio.

—Estais bien enterado,—dijo Eva.

—Pero, amiga mia, lo que no os han dicho es que vuestro padre no estaba en la miseria. Fué arruinado por el golpe de Estado, sus bienes fueron vendidos, y cuando quedásteis en la orfandad, el capitan Sapertache, vuestro tutor, se ocupó de vuestros asuntos, pagó las deudas, y el activo se elevó aún á mas de veinte mil francos... Ya veis que los sacrificios hechos por el capitan

no le han obligado jamás á vender sus antiguas charreteras...

Eva seguía andando sin contestar, pero al fin dijo:

—Marcelo, ¿estais seguro de lo que me decís?

—Ya os he dicho que no miento jamás.

—Me habian manifestado que la mala conducta de mi padre habia sido la causa de su prision, y por eso hablaba yo siempre de él con rubor... Me habian dicho que la vergüenza de que se habia cubierto ocasionó la locura de mi madre, y finalmente, que habiendo muerto mi padre insolvente, mi tio habia pagado sus deudas.

Marcelo repuso entonces:

—Eso es mas extraordinario que la leyenda.
¿Y quién os ha dicho?...

—Ese miserable... Coquelet...

—¿El agente?—exclamó Marcelo.—¡Ah! ¿se llama Coquelet?...

Eva se mordió los labios. Habia hablado involuntariamente, arrastrada por la cólera y la indignacion.

Era demasiado tarde para desmentir lo que acababa de manifestar, y añadió:

—Marcelo, es preciso que vuelva inmediatamente á casa, adios. Os suplico que seais prudente, amigo mio. No hagais nada hasta mañana.

Os esperaré á las ocho de la noche en esta plaza y os daré algunos detalles acerca de ese hombre.

Despues de pronunciar estas palabras, la jóven desapareció, dejando á su amante en la plaza de Bellecour.

Marcelo permaneció inmóvil durante algunos segundos. Sacó de su bolsillo un cigarro, lo encendió y dió un paseo por debajo de los árboles: iba á dirigirse hácia el concierto para terminar su velada, cuando mudando súbitamente de modo de pensar, volvió á la calle Central, diciendo:

—Es preciso que sepa lo que ocurre en esa casa.

Marcelo se hallaba algunos minutos despues al extremo de la calle Dubois; buscaba la casa donde habia entrado una hora antes para poner á Eva al abrigo de los curiosos. Cruzó la calle, y se sorprendió al ver en los ángulos de las puertas varios individuos apostados. Uno de ellos le siguió durante un rato.

No queriendo arriesgarse, afectó un aire indiferente y siguió su camino hácia el muelle de San Antonio, que estaba completamente desierto. Allí se detuvo y ocultándose miró en torno suyo. Marcelo reconoció en el hombre que le habia seguido, al agente que habia insultado á Eva.

Vió entonces á los agentes apostados alrededor

de la casa, á los cuales, á cada instante iba á dar instrucciones el individuo á quien Eva habia denominado Coquelet. Marcelo se preguntó si aquellas gentes estarían allí para apoderarse de él y de su amada, ó para vigilar á las personas á quienes habia visto entrar con tanto misterio en una sala baja.

Marcelo era un mozo valiente y leal, y supo hacerse cargo desde luego de la situación. En primer lugar estaba seguro de que aquellos hombres no eran malhechores, y después, consideraba como enemigo á aquel insolente que habia insultado á Eva. Se tenia por dichoso al combatirle, y resolvió entrar para dar un aviso á los que se hallaban en el interior de la casa abandonada.

Una vez tomada esta resolución, se adelantó rápidamente y pasó por el lado de Coquelet. Levantó los ojos para asegurarse de que no se equivocaba, y sus miradas se cruzaron. El agente se ocultó en la sombra, pero Marcelo le oyó decir:

—¡Cómo! ¡También él!...

Marcelo empujó la puerta, que estaba entornada, la cerró, se dirigió precipitadamente hácia la puertecilla de la escalera y llamó dando tres golpes acompasados. Un individuo abrió, y cuan-

do Marcelo estuvo dentro, oyó que le preguntaban:

—¿Qué quereis?

Nuestro jóven adelantó el paso y vió que estaban allí reunidos doce individuos, formando círculo alrededor de una mesa.

Al oír la pregunta del que habia abierto la puerta, todo el mundo se habia levantado con inquietud.

Marcelo, dominando la emocion que habia hecho nacer la mirada de las personas ante quienes se hallaba, dijo:

—Señores, vengo á advertiros que estais sitiados.

Uno de los hombres le preguntó:

—¿Quién os ha enviado aquí?

Marcelo estaba pálido, y casi se arrepentia del paso que acababa de dar; pero ya era demasiado tarde para retroceder. Así, pues, levantó la cabeza y contestó:

—Nadie. Me dirijo voluntariamente á vosotros.

—¿Nos conoceis?

—No.

—¿Sois vos la persona á quien he visto salir hace media hora con una mujer?

—Yo mismo.

—¿Qué hacíais aquí?

—Señores,—dijo Marcelo,—me permitís que os refiera por qué circunstancias me hallo aquí?

—Hablad,—exclamaron todos á la vez.

Marcelo contó entonces cómo á causa de la agresion de un agente se habia visto precisado á refugiarse en aquella casa con la jóven á quien protegía. Confesó que habia visto entrar á varios individuos, y añadió que despues de haber salido con su amiga, la curiosidad le habia hecho dirigir sus pasos á la calle Dubois. Finalmente, aseguró que al notar la presencia de varios agentes que parecían obedecer al miserable que habia insultado á su compañera, movido por la intencion de luchar contra aquel hombre, y deseando servir á aquellas gentes, habia resuelto darles cuenta del peligro que corrian.

El tono decidido, el aire de franqueza y la sencillez de Marcelo hablaron en su favor, y los individuos se miraron unos á otros. El que habia usado de la palabra, creyendo interpretar el pensamiento de todas, dijo:

—Pareceis un hombre sincero; pero ¿quién puede respondernos de vos?

Marcelo miró á su alrededor, y despues, como si tomara una resolucion súbita, contestó:

—Si no me equivoco, si he adivinado el objeto de vuestra reunion, mi nombre os servirá de garantía.

—¿Cómo os llamais?

Todos se inclinaron curiosamente, y Marcelo, en medio del mayor silencio, repuso:

—Me llamo Marcelo Caverlet.

—¿Sois pariente de Jaime Caverlet?...

—Soy su hijo.

Al pronunciar estas palabras, todas las manos se dirigieron hácia el jóven, y el mas anciano de la reunion, dijo:

—No os habeis equivocado: estais aquí en familia: todos hemos sido amigos y compañeros de luchas de Jaime, y vais á tomar entre nosotros el puesto que él habria ocupado.

Uno de los conspiradores exclamó entonces:

—José; salid un instante, y desde una ventana del piso principal, averiguad si estamos ó no cercados.

El servidor se alejó precipitadamente.

Marcelo, en tanto, contemplaba con sorpresa á un jóven que, al parecer, presidia la reunion, y no comprendia cómo tanta responsabilidad podia pesar sobre un muchacho de veinte años, de aspecto afeminado y débil.

José volvió á los pocos instantes y dijo:

—Es cierto, están apostados en la calle Dubois.

Todo el mundo se puso en pié, y el jóven que presidia, preguntó:

—¿Y él?

—Precisamente es quien les dirige.

—Ya os lo habia dicho. ¿Y la calle de la Poulallerie?

—Está libre.

—No perdamos tiempo, partamos. Mañana por la noche nos reuniremos donde sabeis. Partid por los sótanos. Vos, Marcelo, me hareis el obsequio de acompañarme.

Todos obedecieron en silencio.

Marcelo se sentia agitado por una curiosidad febril. ¿Quiénes eran aquellos hombres, y qué objeto se proponian?

Cuando todos los individuos que componian la reunion hubieron salido, el jóven que habia llamado la atencion de Marcelo, le cogió familiarmente por el brazo, y le dijo:

—Venid.

Entrambos tomaron el camino que habian seguido sus compañeros, y á los pocos segundos se hallaron en la calle de la Poulallerie.

Como Marcelo no se atrevia á hablar, su colega le dijo:

—Sois Marcelo Caverlet; ¡ah! os conozco perfectamente.

—¿Vos me conocéis?

—Sí; y precisamente por eso os he suplicado